

## 243-244 OPUSCULUM DUODÉCIMO. APOLOGÉTICO SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO. A ALBIZÓN, ERMITAÑO, Y PEDRO, MONJE

### ARGUMENTO.

En este pequeño libro, deplora con toda la fuerza de su alma el lamentable estado de la religión en su tiempo, que cada día se deteriora más debido al desprecio de la disciplina monástica. Arremete contra los monjes que, aunque profesan haber renunciado al mundo, se ven atrapados en sus olas y negocios mundanos. Se queja de que las leyes y las instituciones de los Padres no tienen ninguna autoridad entre ellos, ya que, sin temor, cada uno posee y busca dinero, que se les prohíbe tener por separado bajo pena de sacrilegio gravísimo. Exagera su ligereza e inconstancia, ya que no permanecen en la celda como deberían, sino que vagan por todas partes, lo que hace que caigan en pecados gravísimos. Detesta su orgullo y arrogancia, ya que usan vestiduras lujosas y buscan la popularidad a través de una probidad fingida. Luego describe gráficamente las ocupaciones externas y las cargas de los negocios seculares en las que se implican, y las pone ante los ojos. Finalmente, concluye rogándoles que, si se preocupan por su salvación, se aparten completamente del mundo y hagan evidente a todos que han renunciado al mundo no solo en apariencia, sino en realidad.

### [APOLOGÉTICO SOBRE EL DESPRECIO DEL MUNDO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Se queja de la decadencia de la disciplina monástica.

Sobre el desprecio de este mundo, hermanos amadísimos, Albizón, venerable ermitaño, y Pedro, ya filósofo de Cristo, solíamos discutir a menudo, como sabéis, con un cierto estudio familiar, lamentándonos tanto de nuestra propia imperfección como de algunos hermanos de esta sagrada milicia que vagan por caminos abruptos. Este mundo, de hecho, se degrada cada día más, hasta tal punto que no solo cualquier orden, ya sea secular o eclesiástico, yace colapsado de su estado, sino que incluso la misma disciplina monástica, por así decirlo, se ha reclinado hasta el suelo, languideciendo de su acostumbrada perfección de altura. Ha desaparecido la vergüenza, la honestidad se ha desvanecido, la religión ha caído, y como si fuera un ejército, la multitud de todas las virtudes santas se ha alejado. Todos buscan lo suyo (Filip. II), y despreciando el deseo celestial, codician insaciablemente la tierra. Y porque no dejan de ansiar al final del mundo, como si fueran llevados a la orilla después de las profundidades del mar, golpean la tierra con el remo en vano, mientras aún se apresuran obstinadamente a navegar. Y aunque el fin del trabajo es sin duda el descanso, a quienes se les ofrece un lugar de descanso, se fatigan penosamente con un esfuerzo de trabajo superfluo.

CAPÍTULO II. Sobre los monjes que regresan a lo que habían dejado.

Pero supongamos que los hijos de este siglo se encuentran en la inundación fluctuante de las tormentas seculares, y ahora siembran las semillas que más les complacen, para que no cosechen después los frutos que desearían. ¿Por qué, según el Apóstol, juzgar a los que están en el mundo? (I Cor. V.) Nosotros, que decimos haber renunciado al mundo, que nos gloriamos de haber escapado del naufragio de las olas terrenales, ¿por qué volvemos a ello, como si un vórtice nos absorbiera violentamente? ¿Por qué, con pasos retrógrados, nos calentamos con un deseo malvado hacia lo que despreciamos por amor divino? ¿Por qué no tememos reclamar con la importunidad de una ambición deshonesto lo que ni las leyes terrenales ni la autoridad de la ley divina nos prohibieron poseer? Nosotros mismos hicimos que lo que poseíamos justamente ya no fuera nuestro, y lo que era de nuestro derecho se transfiriera a dominio ajeno. ¿Qué consejo fue entonces llevarnos a un combate tan peligroso,

para que ahora sea necesario luchar contra los decretos de todas las leyes humanas y divinas, cuya paz disfrutábamos? Nosotros, sin ser provocados, iniciamos la guerra con temeridad voluntaria, y ahora no tememos enfrentarnos a las sentencias de la Sagrada Escritura.

CAPÍTULO III. Que Ananías y Safira pecaron menos que los monjes que tienen dinero.

¿Quién, pregunto, obligó a Ananías y Safira a renunciar a sus bienes? (Hechos V.) Pero porque ambos retuvieron parte del dinero para sostenerse en una vida supuestamente larga, no escaparon de la sentencia de muerte repentina. Y porque no estaban contentos de vivir según la regla de los renunciantes, fueron obligados a morir infeliz y prematuramente según la retribución de los transgresores. Y ciertamente ellos, como novatos y recién llegados a la fe, tal vez aún no habían aprendido completamente los preceptos evangélicos, ni los sagrados códigos de la nueva doctrina habían salido aún al público; sin embargo, quienes pecaron de alguna manera simplemente en el mismo inicio de la fe, fueron castigados, creemos, solo con la muerte corporal, aunque con un juicio estricto pero piadoso. Pero nosotros, que conocemos todos los volúmenes de la sagrada elocuencia, que revisamos continuamente las vidas y preceptos de innumerables santos Padres que existieron después de aquel siglo dorado de los apóstoles, ¿qué excusa podremos presentar ante el tribunal de Cristo, qué argumento de tergiversación podremos encontrar? He aquí que hemos dejado ganancias mucho más nobles y riquezas terrenales, y hemos profesado su renuncia perpetua no a un hombre, sino más bien a Dios. Si, por lo tanto, aún se incluye una moneda en nuestra bolsa, si se reserva cualquier cantidad de dinero para la injuria del espectador interno, ¿qué le diremos al rendir cuentas? ¿Con qué arte de defensa nos purgaremos? A esto se añade que ellos, con una fe aún vacilante, no parecían poder confiar en ningún sustento eclesiástico; ciertamente, en el mismo inicio de la religión cristiana, las mismas Iglesias aún no habían sido construidas a través de edificios materiales.

Pero nosotros, que vemos en todas partes de la tierra patrimonios eclesiásticos tan abundantes, que cada día, mientras el mundo se contrae con la disminución de posesiones, la Iglesia se expande copiosamente; si, como si fuera por futuros alimentos, reservamos ganancias carnales, mientras nos enriquecemos previendo el futuro, mostramos que estamos vacíos del tesoro de la fe. 246 Del cual el Apóstol dice: «Tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV).» Y mientras rompemos el pacto que hicimos con Cristo, podemos temer más los tormentos de la fe violada que esperar las recompensas de nuestra conversión. En la convención del pacto que se hace entre dos, la voz de la promesa procede de ambas partes: para que, sin duda, cualquiera que cumpla lo acordado, reciba la medida del fruto deliberado; por el contrario, quien lo transgreda, incurra en la pérdida de la promesa violada.

En aquel pacto que hicimos con nuestro Dios, nuestra voz sin duda fue esta, porque siguiendo a Cristo, prometimos renunciar al mundo y a todo lo que es del mundo. La voz divina respondió consecuentemente a esto: «Amén, os digo, que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX).» Y esto, si guardamos las leyes de la promesa propuesta; de lo contrario, si miramos hacia atrás, pronto escuchamos el terrible oráculo de la amenaza divina: «Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios (Luc. IX).» He aquí que hemos oído que a los renunciantes perfectos no se les prometen cualesquiera dones, sino tronos, en los que presidirán como jueces, quienes antes temían ser juzgados por sus excesos. Sin duda, era apropiado que se hiciera esta transformación de la diestra del Altísimo, para que quienes por amor a la perfección se hicieron pobres por Cristo, ya hechos ricos con Él, se sienten en

común como senadores de la corte celestial, como está escrito: «Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra (Prov. ult.).»

#### CAPÍTULO IV. Que un monje no puede poseer a Cristo y al mismo tiempo dinero.

Quien, sin embargo, regresa a las cosas terrenales que dejó, acumulando cualquier cosa terrena, así como es ajeno al mundo del que decidió despojarse, tampoco es apto para el reino de Dios, que indudablemente no quiso poseer cuando lo recibió. Un viajero insensato, ni puede regresar a donde irrevocablemente salió, ni alcanzó a donde había dispuesto ir. En verdad, cuando renunciamos al mundo, establecimos que nuestra propiedad es Dios: y nosotros, consecuentemente, nos convertimos en su propiedad, para que Él fuera nuestra porción, y nosotros, particularmente, su herencia. Decimos: «Mi porción es el Señor (Sal. CXVIII).» Y Él nos dice: «Eres obra de mis manos, mi herencia, Israel (Isa. XIX).» Porque está escrito sobre la herencia terrena: «La herencia que se apresura al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XX).» Si, por lo tanto, el mismo Dios todopoderoso se digna ser nuestra porción, ¿qué tipo de riqueza podrá alguien adquirir que deba acumularse sobre este tesoro singular? Pues ese tesoro es tal que, si está solo, todas las riquezas pueden ser poseídas verdaderamente en él. Porque en el pecho de Jesús están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento (Col. II). Si, sin embargo, quien lo posee desea amontonar otras riquezas extrañas sobre este, inmediatamente se desprecia la compañía de la vil e innoble abundancia; y, impaciente de un compañero indigno, mientras se cree retenido, se pierde; y de este modo, se escapa de las manos del poseedor frustrado: «Nadie puede servir a Dios y a las riquezas (Mat. VI).»

Por lo tanto, oh monje, ¿quieres guardar a Cristo en tu cofre? Primero saca la moneda; porque no se asocian adecuadamente en un mismo receptáculo; pues si incluyes ambos juntos, encontrarás uno sin el otro como poseedor vacío. Cuanto más abundante seas en las ganancias mundanas, más empobrecerás en las verdaderas riquezas. Por lo tanto, si hay dinero, que pase inmediatamente a derechos ajenos, para que Cristo encuentre vacía la arca de tu pecho. Pues un gran huésped busca descender a la estrechez de tu albergue, y por eso quiere habitar solo y sin compañeros. Porque quien no puede ser contenido por la vastedad del cielo y la tierra, ¿cómo intentas introducirle compañeros extraños para cohabitar en el pequeño rincón de tu morada? Que ceda, que ceda el dinero terrenal, donde se admite el tesoro celestial: «¿Qué sociedad tiene la luz con las tinieblas?» (II Cor. VI). ¿Qué convenio tiene Dios con las riquezas de iniquidad? Por lo tanto, que se deseche el dinero, sujeto a la herrumbre, la polilla y los robos. Que quede vacía la sala del corazón, que pueda llenarse con el comercio celestial: «No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan (Mat. VI).»

#### CAPÍTULO V. Que es mejor retener lo que se tiene que volver a lo que se ha desechado.

Porque el dinero es más peligroso para el alma cuando se adquiere que cuando se posee espontáneamente. En este último caso, la posesión es justa según la costumbre terrenal, pero en el primero, a menudo reina una ambición mortal. Por lo tanto, sería más saludable poseer lo que se tiene con un ánimo tranquilo que buscar lo que se ha desechado con cierta ansiedad de rencor inquieto. Que te avergüence, oh soldado de Cristo, enriquecerte con bienes perecederos en este mundo, para que no te veas obligado a mendigar desnudo e indigente en el futuro. Pues en tal milicia juraste armas que requieren soldados desnudos y ágiles; pero a los cargados y perezosos en Dios, los excluye de las guardias del campamento sin recompensa. Esa malicia rechaza al que está cargado de equipaje, y con razón sustituye al que está expedito antes de tiempo. No se permite que cuelguen bolsas de dinero donde solo se ven

fundas de armas vibrantes. En una línea de batalla, no se sirve con seguridad al dinero inerte, donde se lucha continuamente con filas compactas. No cuenta con seguridad la suma de monedas quien espera incesantemente los misiles de la multitud de enemigos circundantes. Pues a menudo, mientras se pesa el talento de cualquier metal, una flecha inesperada de un enemigo oculto se clava en el estómago del que pesa; y así, quien solo parecía no poder sostenerse sin la ayuda de bienes familiares, ya lamenta haber perdido irrecuperablemente tanto a sí mismo como a sus posesiones por un accidente repentino; y quien despreció vivir pobre con Cristo en libertad, se ve obligado a perecer sin Él, pero como esclavo del dinero. Escucha lo que la voz divina promete a los ricos: «¡Ay de vosotros, ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo (Luc. XVI).» Y no te pase por alto lo que dice Santiago: «¡Ay de vosotros, ricos! Vuestras riquezas están podridas, vuestras vestiduras están comidas de polilla, vuestro oro y plata están corroídos, y su corrosión será testimonio contra vosotros, y devorará vuestra carne como fuego (Sant. III).»

CAPÍTULO VI. Que el avaro se llama más propiamente adorador del dinero que de Cristo.

Has oído, te ruego, adorador del dinero y monje, lo que te trae el ardor de la avaricia. Has oído a qué fin conduce el dinero acumulado. Pues es justo que, cuya mente ahora arde con el amor de la carne en la concupiscencia, su carne después también se queme en el castigo. Ahora el horno de la mente se enciende con el ardor invisible de la concupiscencia, es digno que entonces también la carne material sea devorada inextinguiblemente por la llama del incendio. Escucha aún, adorador del dinero: que te llame adorador del dinero, tomo el nombre de la cualidad de tu obra, no uso el nombre como insulto hacia ti; pues adoras el dinero, quien ama el dinero. Y cuando el Señor dice por el Profeta: «Quedaos quietos y ved que yo soy Dios (Sal. XLV);» el culto de la quietud que debías a Dios, lo exhibes al dinero, en cuya custodia te ocupas. «Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón (Mat. VI).» Por lo tanto, así como quien adora a Cristo se llama con razón adorador de Cristo, así también quien sirve al dinero por su custodia, no sin razón se llama adorador del dinero. Pero tal vez aún se me juzgue seguir el juicio de mi propio corazón, si no afirmo la etimología de este nombre con testimonios de la Sagrada Escritura. La misma Verdad dice: «No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mat. VI),» como si dijera abiertamente: Nadie puede adorar a Dios y al dinero al mismo tiempo. Lo que el Apóstol declara más claramente, cuando dice: «Esto sabed, entendiendo, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idolatría, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios (Efes. V).» Por lo tanto, enumerados simplemente todos estos crímenes, mientras solo afirma que la avaricia es idolatría, enseña claramente que el avaro no es adorador de Dios, sino del dinero, y por lo tanto, de los demonios.

Pero mientras me detengo más tiempo exponiendo el nombre de adorador del dinero, aparto la mano de la discusión, o más bien de la disolución, de la misma acumulación de dinero. Habiéndote satisfecho, por lo tanto, sobre tu propio nombre, adorador del dinero, escucha ahora atentamente lo que iba a decir. Escucha, pues, lo que la Verdad dice de ti y de tus semejantes: «Difícilmente entrarán en el reino de los cielos los que tienen riquezas (Mat. XIX).» Y esta sentencia, de hecho, se refiere a aquellos que poseen riquezas según la costumbre del mundo; sin embargo, aquellos que, habiendo rechazado todo, han recaído nuevamente en el vómito, a menos que se arrepientan, no pueden esperar con ninguna confianza, ni siquiera con dificultad, merecer el reino de los cielos.

249 CAPÍTULO VII. Que incluso una pequeña cantidad de dinero daña gravemente el alma del monje.

Pero de este número de adoradores del dinero, tal vez no falte algún testarudo que me responda: ¿Por qué me atacas mordazmente por las riquezas, a mí que ves contento con una suma muy pequeña, apenas con unos pocos óbolos? Y aunque consiento en esto a mi propia fragilidad, solo miro a la necesidad futura que debo aliviar; no busco abundar en riquezas. Pues con el testimonio de toda mi comunidad fraternal, desde el hilo de la trama hasta la correa del calzado, no tomo nada de las facultades de mi monasterio: y si me vacío completamente de mis propias pequeñas cosas, ¿cómo vivo? He aquí que nuestro propietario, o mejor dicho, como antes, adorador del dinero, usa el patrocinio de la pobreza, para que él mismo parezca irreprochablemente rico; y con qué argumentos disfraza el vicio mortal, para que de alguna manera el sepulcro lleno de cadáveres fétidos resplandezca con el blanco de la cal aplicada.

Vamos, hermano, si te hubiera sido permitido esperar algún beneficio de los gastos monásticos, ¿no serían las vestiduras, que te pondrías tan pronto como se te dieran, y no las ganancias del dinero que guardarías en tus bolsillos? ¿Por qué no usas el mismo método en lo que también se te confiere de extraños? Es decir, que tan pronto como recibas cualquier regalo, se comprenden inmediatamente las cosas necesarias, y el veneno del dinero no permanezca contigo. De este modo, el consuelo de tu necesidad avanza rápidamente, y la lepra del dinero no te mancha con sus feas manchas. ¿Por qué, entonces, te aplaudes como seguro por la pequeñez del dinero, cuando no dudas que tanto el bronce como el mismo centavo te están prohibidos? A quien se le prohíbe toda la totalidad de cualquier cosa, no obtiene excusa de las minucias: y a quien se le ha cedido todo, sin duda no le queda parte; especialmente cuando esta es la naturaleza de la mente humana, que se ocupa tanto de lo mínimo, si es indigente, como de lo mucho, si es rico. Porque ya sea que fluyas con la inundación costosa de riquezas, o que te oprima la angustia más tenue de bienes familiares, esa sentencia no puede cambiar: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón (Mat. VI).» Creso y Amiclas, poseedores diferentes, pero no exhiben diferentes voluntades hacia lo que disfrutan. Aunque uno mide oro, el otro cuenta miles, se distinguen por la cantidad de sus facultades, pero no se diferencian en el amor hacia lo que cada uno posee individualmente. Además, si un pequeño insecto, o cualquier cosa que se arrastre, cae por casualidad en un tonel muy grande, ¿no se corre inmediatamente con hachas por todos lados, se vierte todo lo que había, y con todos gritando, se siente náuseas con el estómago amenazando vómito? Si una gota muy pequeña de veneno se difunde en una olla de verduras, ¿no se juzga todo el alimento, aunque sea muy comestible, completamente abominable?

Si, por lo tanto, los males muy pequeños corrompen a menudo los bienes más grandes, ¿cómo te jactas de una conciencia halagadora, porque es mínimo lo que posees en propiedad privada contra el propósito de tu profesión? Pues según el Apóstol: «Un poco de levadura leuda toda la masa (I Cor. V).» Y en otro lugar: «Quien desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá (Eclo. X).» Porque nuestros primeros padres no se hartaron de frecuentes banquetes del fruto prohibido (Gén. III), sino que se corrompieron con una sola y desafortunada percepción; pero no por eso fueron atrapados en la pena de una venganza momentánea, porque no permanecieron más tiempo como transgresores en la culpa.

#### CAPÍTULO VIII. Cómo puede el monje llegar a las verdaderas riquezas.

Si, por lo tanto, hermano, quienquiera que seas, te deleita adquirir riquezas para poder enfrentar la futura pobreza, busca las verdaderas riquezas con prudencia y teme la verdadera indigencia de la pobreza. Pues, en vista de esa pobreza, esta pobreza terrenal se desprecia fácilmente; en comparación con esas riquezas, toda la abundancia de sustancia terrenal se

desprecia como las algas de la orilla, que se pisan con los pies. Por lo tanto, si realmente deseas evitar la indignancia de esa paupérrima pobreza, esfuérzate en el campo de tu corazón por sembrar las mejores cosechas. Pues, como testifica el Apóstol: «El que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna (Gál. VI).» Y de nuevo: «No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos si no desmayamos (Ibid.).» Oculta en los campos de tu mente ese grano supremo y único: el que, al caer en la tierra, murió y produjo mucho fruto (Juan XII). Que este sea tu tesoro, que este sea para ti la abundancia de todas las cosechas. En él establece el fin de tu adquisición, en él pon toda la confianza de ambas vidas. Porque el Señor es de todos, y rico para con todos los que lo invocan (Rom. XXVI).

En verdad, si te esfuerzas por cuidar adecuadamente ese grano, verás las despensas de tu bodega interior rebosar de talentos de oro, plata y todas las riquezas. Verás también tus graneros desbordar incomparablemente con la nueva cosecha. Cultiva, pues, ese tesoro con cuidadosa diligencia, y dedica a él vigiliias nocturnas y diurnas con esmerada vigilancia. Porque en él serás rico en todo, y no podrás carecer de la abundancia de lo que necesites. En él poseerás el oro de la sabiduría divina, la plata de la elocuencia edificante. En él, diversas vestiduras de conversación decorosa y honesta, el carmesí teñido dos veces de la doble caridad, la túnica de la castidad resplandeciente. En él, el lino fino de la paciencia, el manto de fuego del temor divino, la púrpura de la dignidad real. Porque, al teñirse con la sangre púrpura, para convertirse en color púrpura, quien preside el trono del juicio recto, mortificando con violento imperio todas las tentaciones de su carne y la barbarie de los vicios, es llamado rey con razón, y se viste con el decoro de la púrpura espiritual. En él, la túnica de la siempre verde esperanza, llamado a la herencia incontaminada, inmarcesible, reservada en los cielos (II Pet. I). En él tendrás el anillo de la fe, los brazaletes de la obra perfecta en la vida activa, y también los guantes de la contemplación especulativa. «Su izquierda está bajo tu cabeza, y su derecha te abrazará (Cant. II).»

¿Y qué más prometerte? puesto que en él disfrutarás de las gemas de todas las virtudes, de las perlas de todos los carismas. No te faltarán los rebaños de todos los animales puros e impuros, que pasarán bajo la vara de tu disciplina. Los rebaños impuros de los vicios serán domados bajo el imperio de tu dominio; los puros, en cambio, saciarán el vientre de tu hombre interior con los manjares de la más dulce refección. El rebaño de lana ovina, cuidadosamente atendido, proporcionará a tus platos el alimento de la dulce inocencia. Las carnes de las aves domésticas no cesarán de aumentar en ti la gordura del amor divino. Todas las clases de aves adornarán más espléndidamente la mesa de tu mente con un banquete espiritual; pero el cuello taurino de la soberbia mugirá bajo el yugo de tu dominio. La libertad desenfrenada de la lujuria equina morderá insaciablemente el hierro bajo tu boca domada. Todas las bestias de los vicios, todos los monstruos de los reptiles temerán temblorosos el imperio de tu dominio. Y todo esto en esta vida se convertirá en tu propiedad, si te esfuerzas por custodiar cuidadosamente ese tesoro precioso y singular que hemos mencionado.

Sin embargo, en esa vida de verdadera bienaventuranza, cuántas y cuán mejores cosas te serán dadas, confieso que no está en nuestras fuerzas discutirlo, no está en nuestra capacidad desentrañarlo. Basta con referir brevemente el resultado de este inexplicable asunto, porque esto recibirán aquellos que han dejado el mundo perfectamente: «Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (II Cor. II).»

Por lo tanto, este tesoro, a saber, Cristo, nuestro Dios y Señor, que se nos ha hecho redentor y precio, él mismo promesa y premio, que es la vida de los hombres y la eternidad de los ángeles, este, digo, guárdalo con diligente cuidado en la sala de tu corazón. En él deposita

toda preocupación de cualquier necesidad. En él deléitate a través del coloquio de la oración continua. En él refréscate con las vigiliias de los banquetes de santas meditaciones. Que él sea para ti alimento, y también vestimenta. Si sucede, sin embargo, que necesitas algún bien exterior, no dudes, no desconfíes de su fiel promesa, que dice: «Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas (Mat. VI).» Porque el que mandó fluir abundantes corrientes de agua de la roca seca para las huestes sedientas del pueblo israelita (Éxod. XVI), el que pudo proveer maná celestial a los hambrientos durante largos años, el que ordenó que una innumerable multitud de codornices descendiera en los campamentos de los murmuradores, ¿no podrá proveer lo necesario a un hombrecillo que se dedica continuamente a su servicio? Y el que durante unos cuarenta años conservó intactas las vestiduras de aquella multitud infinita, ¿le será difícil reparar nuevas vestiduras para ti cuando las viejas estén desgastadas? Ciertamente, nosotros, de poca fe, obligamos a Cristo a ser tacaño. Sin duda, la desconfianza de los pusilánimes hace pobre a Cristo; pero la fe plena lo experimenta rico y generoso en dar. Esfuérzate solo en ejercitarte en lo que él ha mandado, y no quede duda alguna de lo que ha prometido. Que el cobrador esté seguro, donde el deudor está dispuesto a pagar. No hay razón para desconfiar, donde él es el promotor que nunca miente. El acreedor camina seguro, cuando la simple verdad está obligada por la promesa.

Estas cosas hemos considerado brevemente sobre los monjes que poseen propiedades; ahora traslademos el tema de la discusión a aquellos que se deleitan continuamente en los viajes a caballo.

#### CAPÍTULO IX. De los monjes que viajan continuamente.

No creo que haya podido escapar de vuestra memoria, queridos hermanos, que muchas veces hemos lamentado juntos esta plaga de los monjes: y hemos compadecido con afecto de caridad fraterna a los hermanos inquietos y que perecen por el vicio de la vagancia. Hay algunos, que mientras llevaban la milicia del siglo, estaban cansados de correr de aquí para allá bajo el yugo de la servidumbre humana, hasta el punto de que decidieron pasar al ocio monástico por amor a la libertad; pero ahora están tan encendidos por el ardor de la inquietud pestilente, que si alguna vez no se les ofrece la ocasión de avanzar más lejos, parecen estar encerrados en el horror de una oscura custodia carcelaria: lo cual, sin duda, se hace por la astucia del antiguo enemigo. Pues a quienes todavía cabalga el malvado jinete, los urge con espuelas importunas de vagar, para que, regresando a la vanidad del siglo, perezcan, y aparten a otros del camino de la verdadera salvación. Hay muchos en el hábito secular que, a menos que huyan a este puerto de la institución monástica, con Cristo como guía, desconfían por completo de poder salvarse en las procelosas olas del mar mundano.

#### CAPÍTULO X. Lo que los laicos dicen de los monjes seculares.

Pero cuando contemplan a aquellos que recientemente despreciaron con gran fervor todas las cosas del mundo, ahora ser llevados ansiosamente al torbellino de los negocios seculares, y revolcarse en el mismo lodo cenagoso del que habían escapado, surge el asombro en los que miran, se extrae un suspiro desde lo más profundo de las entrañas, y se genera la desesperación en sus mentes. Pues cada uno deposita en sí mismo una queja de este tipo, diciendo: ¡Ay, ay, dónde puse mi esperanza de salvación propia? ¿Por qué, entonces, decidí pasar a ese orden con peligro de mi cabeza? En un breve instante casi perdí cuerpo y alma. Casi me arrojé al fuego con los ojos abiertos por mi propia voluntad. ¿Quién, en efecto, alguna vez se acercó al monasterio con más fervor? ¿Quién, al parecer, se apresuró con más ánimo a la milicia de Cristo? Pero ahora, olvidado de todo lo que prometió, se ocupa continuamente en negocios terrenales, trata el siglo, respira el siglo: y el hábito de

mortificación que me hace diferente a él, vive conmigo no de manera diferente al mundo. Claramente, como es evidente, pudo cambiar la apariencia exterior del cuerpo, pero la mente permaneció mal fijada en el estado en que estaba. ¿Por qué debo acusar a los incitadores de su conversión? Pues en las cosas bélicas solo perdí un compañero, pero en los demás actos terrenales no perdí un socio. Ciertamente, conmigo litiga en los tribunales, conmigo no cesa de perorar en los tribunales de los jueces, conmigo penetra importunamente en los atrios de los príncipes, conmigo simultáneamente infunde en sus oídos consejos de profunda terrenalidad.

Pero, ¿con qué temeridad me atrevo a llamarlo compañero, a quien ya, por costumbre, sigo como compañero, pero en todo como una sirvienta, apenas como un precursor? Ciertamente, gana tanta gloria del pueblo por su conversión, que todos se levantan al llegar él, creen lo que trae como un oráculo de profecía, y le ofrecen reverentemente el servicio de la devoción. Pero, en cuanto a la carne, no se cree que su conversión haya sido infructuosa; porque quien no dejó la vestimenta secular con la mente, adquirió más plenamente la pompa secular como astuto transformador.

Por lo tanto, mientras los detractores emiten estas y otras murmuraciones similares, ¿quién puede enumerar cuántos son llevados a la perdición en el mundo por la vagancia de los monjes? Pues más fácilmente deliberan perecer en el hábito secular, que, siguiendo el ejemplo de los perdidos, perder ambos mundos, como dicen. Y en verdad no es de extrañar, si al ver este escándalo nace, que se prueba contrario tanto a Dios como a la sagrada autoridad. Pues dice el Apóstol: «Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares, para agradar a aquel que lo eligió (II Tim. II).» Y el mismo Señor advierte a sus discípulos, diciendo: «Guardaos de que vuestros corazones se carguen de glotonería, embriaguez y preocupaciones de esta vida (Luc. XXI).»

CAPÍTULO XI. Que la vagancia del monje expulsa las virtudes e introduce la multitud de vicios.

De esta raíz venenosa de inquietud surgen tantas ramas de vicios, que dondequiera que se conoce que prospera, se desnuda de todo fruto de perfección monástica como un árbol seco. Y como los higos gruesos expuestos a los vientos no pueden permanecer, así en él, soplando de aquí para allá las diversas tentaciones del mundo, no pueden permanecer los frutos de las buenas obras. Pues este vicio es de tal violencia, que una vez que ha reclamado el dominio en el pecho del monje, pronto, en gran parte, si hay un coro de virtudes, se retira; y no pocas monstruosidades de vicios irrumpen como si fueran un calabozo de su propio derecho. Pues para mencionar algunos de los muchos, el monje en camino no puede mantener el ayuno, porque la hospitalidad no se lo permite; no canta sabiamente los salmos, porque la locuacidad del acompañamiento ambulante lo impide; no se dedica a las vigilias nocturnas, porque falta el secreto de la singularidad; no se esfuerza en doblar las rodillas, porque el estudio de la devoción santa no concuerda con el trabajo del viaje; de ninguna manera se restringe bajo la censura del silencio, porque frecuentemente, al surgir causas, incluso involuntariamente se desboca en muchas palabras.

¿Qué diré, que no se dedica a la lectura ni a la oración, a quien la necesidad inminente dicta más bien salir de sí mismo y tratar las cosas terrenales? La caridad en él disminuye, porque la mente que recibe tantos vientos de acciones seculares se enfría del fervor del amor íntimo. También sufre la castidad de la mente, porque a veces la mente es herida por el dardo de la concupiscencia a través de la apariencia de la carne que contempla exteriormente. También se quiebra la fortaleza de la paciencia, porque cuando los casos repentinos que surgen a menudo

se oponen a lo que había comenzado, quien se apresuraba a llevar a cabo su negocio no lo soporta con ecuanimidad: y entonces profiere palabras de impaciencia que, cuando regresa al ocio, castiga gravemente con lágrimas vengadoras. No se observa la regla de la sobriedad, porque mientras se prepara un banquete con alimentos más lujosos, mientras se exhibe la diligencia del oficio hospitalario, porque considera inhumano no ceder a las súplicas de los que invitan, también le gusta indulgir suavemente al vientre bajo la apariencia de caridad. En este punto, a menudo surge la duda en la mente del siervo de Dios, no sea que, al consultar la sobriedad, también se sirva a la hipocresía (que es un vicio abominable). Por lo cual, en algunos, se desprecia por completo la medida de la sobriedad, para que también la nota de hipocresía parezca estar lejos. Pero de esta manera, en lo que se cree que se actúa con discreción, no se mantiene la discreción. Pues aquel que sabe discernir correctamente, sabe separar la virtud del vicio: pero quien arranca el trigo junto con la cizaña, sin duda ignora la fuerza de la discreción. Por lo tanto, quien no excede el límite de la sobriedad solo con la mirada puesta en la recompensa celestial, pisa la hipocresía bajo los pies de su humildad, y espera sin demora la recompensa de la sobriedad guardada.

Pero para seguir hablando del monje que vaga, no tiene la compunción de lágrimas para llorar sus pecados; porque la mente seca, que camina por el calor de la conversación terrenal, al no merecer ser rociada por el rocío del Espíritu Santo, se seca: y llena del lodo de pensamientos terrenales, porque no concibe el agua de la cabeza con la gracia que la otorga, no derrama lágrimas fuera de sí. A veces, tal vez, predica a los oyentes reunidos, pero de repente la vanagloria lo arrebatada, y como si saliera de emboscada, mata a quien estaba curando a otros. Pero si, precaviendo esto, se restringe bajo la censura del silencio, se avergüenza de no poder llevar a cabo nada de lo que vino a hacer. Si guarda, como es digno, la apariencia de gravedad morosa, teme mucho, no sea que también aquí incurra en la nota de hipocresía el simulador. Pero si se relaja en lenidad, aunque sea un poco, de la rigidez de su mortificación, aquí también está mucho menos seguro, no sea que, con su ejemplo, destruya a otros. Si alguna vez, entre los disidentes, quiere reformar la concordia de la paz, si ejecuta estrictamente la verdad, no se forja la unidad de la reconciliación entre ellos; pero si accede a usar mentiras, no evade las trampas del pecado. Cuando quiere reprender a los pecadores, considera una gran culpa incitar contra sí mismo los odios de tantos de sus prójimos. Pero ver y callar, ¿qué otra cosa considera, sino consentir a los que obran mal? Y estas cosas, en efecto, de aquellos que tienen algún calor del fervor celestial. Pero los fríos, que despreciando los campamentos de la milicia divina, se vuelven con un regreso siniestro a la rueda de la vertiginosa mundanidad, ¿cuán juiciosamente actúan, cuán inconsideradamente viven, que lo cuenten quienes quieren? A nosotros nos parece más aconsejable llorarlos con piadosa compasión, que escribir los hechos de su execrable vida, no sea que a quienes solo debemos dedicar lágrimas de compasión, los veamos denigrar con letras censoras.

CAPÍTULO XII. Qué males sufre el alma infeliz del monje cuando regresa a lo inferior.

Esto decimos absolutamente, que el mundo está tan densamente lleno de trampas de insidias en este tiempo, que quienquiera que desee vivir inocentemente en este sagrado orden, debe abstenerse con la mayor cautela de su avance: cuyo camino, si lo recorre a menudo, no evade las trampas preparadas de las insidias; y como un árbol despojado de la defensa de su corteza protectora, no podrá ni dar frutos de virtudes, ni evitar la caries de los vicios que brotan como si fueran para ser desgastados. Cuando regresa a los claustros de su propia morada, lo acompaña como una multitud aglomerada de todo lo que ha visto o escuchado, para que el ruido de los negocios tumultuosos que soportaba allí en el cuerpo, lo sufra aquí en la mente mucho más intensamente y mucho más importunamente; especialmente si comienza a dedicarse más fervientemente a la oración, he aquí las fantasías de las imaginaciones, he aquí

las imágenes de las cosas que ha visto, de modo que, en cualquier rincón que se encuentre, parece estar presente en juegos teatrales, o sentado entre los que litigan en el foro. Y ciertamente el hombre se resiste, y trata de ahuyentar las moscas que revolotean de la boca de su mente. Pero estas, tan pronto como se alejan, regresan de inmediato; tan pronto como son repelidas, se presentan: como si persiguieran a su fugitivo, tratan de capturarlo y devolverlo a las tareas de su propia servidumbre. Entonces el alma infeliz aprende cuánto le ha costado haberse relajado inútilmente por la amplitud del siglo. Pues se marchita seca, oscura, pétrea; endurecida como una piedra, no puede ni romperse en corrientes de lágrimas, ni ver la luz rodeada de tinieblas por todas partes. Se esfuerza, en efecto, por atender a los misterios de los salmos, pero como con ojos llagados, es deslumbrada por la luz intolerable. Anhela, con la fuerza que puede, esforzarse por lo más alto, pero, gravada por su propio peso, se ve obligada a yacer humillada en lo más bajo. A la cual se le aplica no inconvenientemente aquello profético: «Me ha colocado en lugares tenebrosos como a los muertos eternos, ha construido un muro alrededor de mí para que no salga, ha agravado mi cadena, y aunque clame y suplique, ha excluido mi oración (Lament. III).» Se aflige, se angustia, anhela; y porque ni siquiera se le permite llorar esta miseria suya, se turba llena de una amargura de dolor más aguda. Al menos se le permitiera derramar esta voz de llanto con el profeta, que dice: «Por eso, digo, yo llorando, y mi ojo derramando agua; porque lejos de mí está el consolador, que convierte mi alma (Lament. I).» Pero el alma infeliz, cuando se ve a sí misma digna de llanto, y sin embargo no puede llorar, ve cuán lejos está de la salvación, como si se viera a sí misma arrojada a un lago de miseria. Pues llorar es el único camino para llegar al perdón de los pecados: por lo tanto, cuando no puede lamentar su culpa, parece que ni siquiera ha puesto el pie en el camino por el cual puede llegar al perdón.

Esto es similar a lo que se dice desde la persona de los imperfectos por el Profeta: «Mi alma ha deseado desear tus justificaciones en todo tiempo (Sal. CXVIII).» Pues quien aún no desea en todo tiempo la ley de Dios, que sin duda es su justificación, pero ya desea desearla, ya de alguna manera la contempla de lejos, pero no asciende a las alturas de la perfección. Por lo tanto, se produce en la mente miserable una confusión tan tenebrosa, que dondequiera que se vuelva, parece estar en el siglo, aunque reconoce sin duda que el siglo está sin ella. Está con aquello que no está con ella; porque, en efecto, el mundo que dejó con la partida corporal, lo pinta en su mente a través de imaginaciones fantásticas. En verdad, esta calamidad en la mente humana es tanto pecado como castigo del pecado. Pues es justo que lo que alguien cometió voluntariamente, lo sufra involuntariamente. Pues quien no quiso contenerse dentro del secreto de su orden cuando pudo, no podría carecer del siglo incluso cuando lo dejó.

La mente humana, por tanto, constreñida por la necesidad de tanta indigencia y pobreza, sufre, gime y suspira desde lo más profundo de sus entrañas; porque, evidentemente, ha perdido la pureza de su retiro por el vicio de la vagancia, y se ha vuelto a revolcar en el lodazal del mundo como una cerda en el barro (Prov. XXVI; II Pedro II). Entonces se acusa mordazmente de ligereza e inconstancia; se acusa vehementemente de ser errante y engañosa, y prueba verdaderamente que el juicio de Dios es recto y que mantiene las leyes de la equidad, diciendo con el profeta: «Bueno es el Señor para los que en Él esperan, para el alma que lo busca. Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor. Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su juventud: se sentará solo y callará, porque se ha levantado sobre sí mismo (Lam. III).» Pues si amara los secretos, se alegraría de haberse elevado sobre sí misma, pero ahora se lamenta porque, al salir al público, se ve postrada bajo sí misma.

CAPÍTULO XIII. Que quien sale al exterior se ve obligado a comunicarse con los excomulgados.

Hay también otra razón que, aunque faltaran otros impedimentos, podría ser suficiente para contener a los monjes de la vagancia del mundo. ¿Quién, en este tiempo, puede encontrar una reunión de cualquier tipo de seglares donde no haya alguien que, por el pecado de su culpa, deba someterse al juicio de la excomunión? Desde hace tiempo, todos los crímenes han surgido comúnmente en el mundo, todos los males de los delitos ahora prevalecen, y se expanden cada día más al acercarse el fin del mundo. Por lo tanto, es imposible para un monje que sale al público no verse obligado a comunicarse, ya sea con excomulgados o con quienes están por ser excomulgados, lo cual es casi lo mismo. Habla con homicidas, con perjuros, con incestuosos, con incendiarios de casas, con adúlteros: a quienes, aunque los aborrezca, a menudo se une con un beso, y también, según la necesidad lo exige, comparte la mesa común, mientras que, por el contrario, el Apóstol clama: «Si alguno que se llama hermano es fornicador, o impuro, o borracho, o ladrón, con tal persona ni siquiera comáis (I Cor. V).»

Y ciertamente es bastante temeroso y demasiado contrario tener consorcio con aquellos que están separados de Dios, especialmente para los monjes, que están unidos a Dios con una familiaridad peculiar y, por así decirlo, doméstica, de modo que, habiendo renunciado al mundo, están irrevocablemente dedicados solo a los servicios divinos. Pues así como del mismo modo se debe evitar al jefe de los réprobos, también se debe evitar a sus miembros, a menos que lo exija la causa de la conversión. Aquí, sin duda, se debe una misma repulsa de abominación a aquellos para quienes, como atestigua la Verdad, se prepara un mismo fuego, cuando a los que están a la izquierda se les dice: «Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV).» Por lo tanto, no debemos unirnos en el camino de la sociedad nociva con aquellos que vemos dirigirse a otra patria, no sea que el amor desordenado que nos asocia también nos envuelva en la pena de la última venganza.

CAPÍTULO XIV. Que así como se debe evitar a los excomulgados, también se debe evitar a los que están por ser excomulgados.

En verdad, para que quede más claro cuánto daña la sociedad de los malos a los buenos, podemos deducirlo claramente de esta razón evidente, porque algunos de ellos han sido recientemente excomulgados por sentencia sacerdotal, y otros están por ser privados de la comunión solo por el juicio canónico de los santos Padres. Pero de aquellos que han sido recientemente excomulgados, nadie duda de que cualquiera que participe con ellos comparte la misma sentencia de condenación. Sin embargo, sobre aquellos que, por los crímenes cometidos, deben ser condenados por autoridad canónica, aunque aún no han sido cortados de la unidad eclesiástica por las voces vivas de los sacerdotes, algunos dudan si es seguro admitir su sociedad; pero si consideramos el asunto con mayor sutileza, encontramos que casi no hay diferencia entre ellos. Pues ya sea que alguien sea condenado justamente por los modernos o por los antiguos Padres, es lo mismo: y la diversidad de tiempos no libera a quien la misma causa de pecado cometido constriñe, y la variedad de edades no prejuzga el juicio judicial, donde una regla de equidad refinada dicta la sentencia.

Pero lo que queremos aprobar, lo mostraremos mejor si ponemos las mismas palabras de los Padres excomulgantes, tanto antiguos como nuevos. Los sagrados cánones dicen: Quien haga esto o aquello, sea excomulgado. Los pontífices modernos, al lanzar la sentencia de excomunión, pronuncian casi las mismas palabras, diciendo: Aquel que haga esto, sea excomulgado. Por lo tanto, cuyas palabras son las mismas, la sentencia debe entenderse igualmente, y como todo juicio de los santos pontífices presentes depende de las definiciones de los Padres antiguos, no presumen condenar a nadie, excepto a aquellos que ya saben que

han sido condenados por ellos. Por lo tanto, no condenan a nadie de nuevo, sino que, siguiendo la sentencia ya pronunciada por los mayores, la confirman. Se debe concluir, por tanto (ver escolios al final del opúsculo), que así como se debe evitar a aquellos que los concilios modernos de sínodos repelen de la sociedad eclesiástica, así también se debe evitar a aquellos que los antiguos Padres decretan que deben ser eliminados.

Esta, por tanto, no es una causa menor que retrae al monje de las excursiones del mundo y lo hace estable en el rincón de su retiro; porque es muy miserable ser reprimido por los propios excesos, pero ser manchado por las manchas de la culpa ajena, no pecar con otros y soportar los castigos del delito ajeno. Pues cuando nos unimos imprudentemente en amistades con los malos, nos ligamos a sus culpas. Por eso Josafat, que es exaltado con tantos elogios por su vida pasada, es reprendido por las amistades del rey Acab, a quien el Señor le dice por medio del profeta: «¿Das ayuda al impío, y te unes en amistad con los que odian al Señor, y por eso merecías la ira del Señor, pero se encontraron buenas obras en ti, porque quitaste los bosques de la tierra de Judá (II Crón. XIX).» Pues ya discrepa de Aquel que es sumamente recto, en cuanto nuestra vida concuerda con las amistades de los perversos. ¿Quién no se aterroriza con aquella voz apostólica que, advirtiéndonos y llamándonos del contubernio de los malos, clama? «Os advierto, dice, en el nombre del Señor Jesús, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la tradición que os hemos transmitido (II Tes. III).» Si, por tanto, debemos apartarnos cautelosamente de todos aquellos que no vemos andar según la tradición apostólica, ¡cuántos quedan en ese orden secular con quienes podamos tener sin peligro el contubernio de la familiaridad! Además, quien, despreciando la tradición apostólica, intenta introducir otra doctrina, ya sea dogmatizando o viviendo, no merece disfrutar de la compañía de hombres ortodoxos y religiosos, como también atestigua el apóstol Juan, quien dice: «Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis Ave; porque quien le dice Ave, participa de sus malas obras (II Juan XIII).» Con estas sentencias de la verdad apostólica, evidentemente comprobamos que quienes se unen carnalmente en amistades con hombres malvados se hacen partícipes de la culpa ajena; y se ven obligados a sufrir con ellos el juicio de la última venganza, aunque en esta vida no hayan cometido pecado con ellos.

## CAPÍTULO XV. De los monjes que se deleitan con vestiduras preciosas.

Este vicio también, que ya hemos perseguido, asedia familiarmente al monje que deambula, porque nunca puede sacudirse completamente la lepra de la propiedad venenosa, sin que le parezca necesario, por cualquier motivo, retener algo consigo durante el viaje. De aquí también nace el amor por las vestiduras preciosas, para que, al salir al público, no parezca despreciable. Sin embargo, mientras se busca el adorno del vestido exterior, toda la composición del hombre interior se disipa. Esta locura falsa, no sé cómo, ciega de tal manera los ojos de la mente perversa, que no ve lo que es honesto entre los hombres, ni atiende a lo que puede hacer que alguien sea más claro ante Dios. Y en verdad es locura, y es falsa. Es una locura, sin duda, despreciar el juicio del árbitro oculto con soberbia, y captar el soplo del favor humano con un vestido más suave. Y es falso, porque de donde ofende los ojos del Espectador supremo, también cae en el juicio de la estimación humana; y de lo que desea ser visto más claramente por los hombres, de eso se expone de algún modo a los dientes de la detracción pública; y cuando el brillo del vestido provoca la mirada, también arma las lenguas para criticar con los dardos de la difamación a quien lo lleva. ¿Quién ve a un monje vestido con ropas suaves y no lo juzga inmediatamente vacío del espíritu divino, anhelando más las cosas terrenales que las celestiales? Pues se deduce cuál es la mente por el vestido, y según el culto exterior se juzga cuál es la especie de intención. Lo cual, sin duda, concuerda con la autoridad evangélica, cuando se dice: «Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII).»

Aunque estos no vienen a nosotros con vestiduras de ovejas; ya que la vestidura de ovejas es la vestidura de humildad e inocencia, no de arrogancia o rapacidad. Pero esa vestidura no se llama sin razón de rapacidad, que se compra con el precio de dos o incluso tres vestiduras. Pues comete el crimen de rapacidad quien, entregado a la vana gloria, gasta solo en el vestido de su cuerpo lo que podría haber compartido con su hermano para cubrirse juntos. Sin duda, perpetra rapacidad quien, encendido por el ardor del vano honor, gasta en una vestidura el costo de dos, y deja a su prójimo, a quien debía amar como a sí mismo, en su desnudez.

Pero hay una diferencia entre estos monjes engalanados y aquellos hipócritas que el Evangelio señala; porque aquellos, según la Verdad, vienen a nosotros con vestiduras de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces (Mat. VII); mientras que estos, por dentro, se hinchan con el viento de la vana gloria, y por fuera caminan arrogantemente con la vestidura de rapacidad, como se ha demostrado, y por tanto con la vestidura de lobos. Así que cuando el Señor dice de Juan a los judíos: «¿Qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas suaves? He aquí, los que visten ropas suaves están en las casas de los reyes (Mat. XI);» ciertamente el monje que anhela el brillo de una vestidura preciosa no lleva el servicio del Rey supremo, sino del mundo; y aunque parece ofrecer a Dios el don de su obediencia, al buscar el favor humano, se demuestra claramente que sirve verdaderamente a la vana gloria. Pero si bajo el pretexto de la obediencia es lícito vestirse con ropas suaves, ¿a quién pudo concederse esta dispensa con mayor liberalidad que a San Juan, quien especialmente dotado del oficio de obediencia, vino a convertir los corazones de los padres hacia los hijos con una nueva predicación, y a preparar un pueblo perfecto para Cristo el Señor (Luc. I)? ¿Acaso el mismo Señor no pudo proveerse de calzado, cuyas vestiduras fueron divididas por la sola perfidia gentil? Pues si no le faltaran calzados, la serie de la historia sagrada no lo habría callado.

CAPÍTULO XVI. Que así como la vestidura preciosa provoca la ira, así la humilde provoca a Dios a la indulgencia.

El rey de Nínive, vestido de púrpura, mereció la destrucción de su ciudad; cubierto de saco, aplacó el movimiento de la ira divina con la humildad de su corazón contrito (Jon. III). Ezequías también, adornado con vestidura real, escuchó tembloroso las terribles amenazas del rey de Asiria; pero tan pronto como se cubrió con cilicio, y no se avergonzó de enviar mensajeros cubiertos de cilicio al profeta, recibió el oráculo de la victoria divina cercana y de la prosperidad deseada (IV Rey. XIX). Esta promesa, según atestigua la Escritura, se cumplió rápidamente. Pues he aquí que el ángel del Señor hirió en una noche a ciento ochenta y cinco mil asirios, y luego el mismo Senaquerib, rey, fue asesinado por ambos hijos con una espada parricida, pero digna (ibid.).

Ves, por tanto, cuánto difiere ante Dios la vestidura lujosa de la áspera. Consideras que a quien la vestidura delicada había merecido experimentar enojado, la vestidura vil y abyecta lo aplaca; y a quien aquella había hecho castigable, esta lo recomienda digno de perdón. ¿De qué importancia es ante Dios el adorno de las vestiduras? El ilustre profeta Isaías lo muestra claramente, quien, a la orden del mandato divino, se despojó de sus vestiduras y anduvo desnudo y descalzo durante tres años. Que la soberbia humana se avergüence, que la mente miserable corrompida por la peste de la vana gloria se confunda, cuando aquel, instrumento de Dios, templo del Espíritu Santo, revelador de la justicia divina, no dudó en andar públicamente desnudo. Y el hombre infeliz, que no mereció ningún indicio de familiaridad divina, anhela el supersticioso adorno de la vestidura lujosa; y mientras se viste con los tintes de una vestidura mal coloreada, no teme apartar los ojos del Espectador supremo. Así,

mientras el vestido de la arrogancia es despreciado bajo la estimación divina, también quien lo lleva es consecuentemente juzgado abominable.

Pero supongamos que Isaías anduvo desnudo, ¿acaso cuando solía ir vestido, se permitía vestir con ropas más suaves? Preguntemos, pues, a la misma historia de la narración profética, y escuchemos lo que le ordena la voz divina: «Habló el Señor en la mano de Isaías hijo de Amoz, diciendo: Ve, y quita el saco de tus lomos, y descalza tus pies (Isa. XX).» Pues quien no se le ordena quitar otro tipo de vestimenta, sino el saco de sus lomos, claramente se declara cuánto le costó la vestidura. ¡Oh, cuántos eran entonces los triclinia dorados de los reyes y príncipes de la tierra! ¡Cuántos lechos cubiertos de púrpura rodeados de techos pintados! ¡Cuántos ornamentos de los ricos adornados con gemas resplandecientes! ¡Cuántos artesonados decorados con sellos de cedro y ciprés! Y sin embargo, despreciando y desestimando todo esto, Dios todopoderoso se dignó construir para sí un templo racional cubierto con la deformidad del saco, y a través de él, como un instrumento, revelar a los mortales los misterios de su secreto.

Aprenda, pues, aprenda el monje engalanado, cuán mal comercia, porque de donde desea aparecer claro a los ojos humanos, de ahí, sin duda, se ensucia en la estimación del Juez supremo; de donde es más honrado por los hombres, de ahí es más despreciado por Dios; y mientras provoca la admiración de los ojos de los que lo miran, se aleja oscurecido de los ojos de la gracia divina.

CAPÍTULO XVII. De aquellos que compran el aplauso vulgar con la vileza de sus vestiduras.

Pero ya que se ha presentado la ocasión de hablar sobre la vanidad de las vestiduras, así como hemos tocado brevemente sobre aquellos que se deleitan con las suaves, también hablemos brevemente sobre aquellos que, aunque sufren del mismo mal, se conducen con una locura diferente. Hay algunos, de hecho, que compran el aplauso favorable del vulgo con la deformidad de sus vestiduras viles; y se alimentan con esta deleitación más placentera, si, mientras parecen despreciables por la industria de su deformidad cuidada, vuelan gloriosos por las bocas de los pueblos que los exaltan. Se alegran de que se hagan investigaciones sobre ellos; se alegran de ser señalados con el dedo como algo digno de admiración; quienes, compuestos por su deformidad, conspicuos por su oscuridad, maquinan ser vistos como excelsos por su humildad. Pues la astucia versátil de la diabólica sagacidad los deprime para que aparezcan sublimes; los desfigura para que brillen espectaculares a los ojos de los que los miran.

Sin embargo, estos, aunque gastan una suma diferente a la de los anteriores, compran las mismas mercancías que adquieren de común acuerdo. La vana gloria, en efecto, es como una materia de comercio puesta en medio, a la que se acercan diversos mercaderes. Algunos sacan de su bolsa vestiduras viles como precio, otros se esfuerzan por devolver las preciosas. Pero mientras cada uno se afana por sus partes, quienes traen vestiduras viles son inmediatamente preferidos a los demás compradores. Pues quien usa vestiduras delicadas, como se ha dicho antes, a menudo, de donde estima captar el soplo del favor, de ahí se expone más ampliamente a las mordeduras de los detractores; pero quien está contento con la extremidad de un vestido vil (hablo de los monjes), cualquiera que sea la intención de su estudio, ya sea mala o buena, a menudo la opinión de santidad lo recomienda a los que lo miran; y cuanto más deformado se ve a alguien en el hábito exterior, más digno de reverencia se le juzga a menudo.

## CAPÍTULO XVIII. De la verdadera humildad de David.

Sin embargo, quienquiera que sea, que espera la recompensa de la retribución suprema por la vileza de su propio hábito, es necesario que no deje de pisotear bajo los pies de su mente todo favor de la alabanza humana, como si fuera lodo fangoso; y que se juzgue a sí mismo en el secreto de su conciencia tal como se presenta a los ojos de los que lo miran. Por eso David, cuando Mical, hija de Saúl, lo reprendía, diciendo: «¡Cuán glorioso fue hoy el rey de Israel, descubriéndose ante las siervas de sus siervos, y se desnudó como se desnuda uno de los bufones (II Sam. VI; I Crón. XV);» para mostrar que la misma humildad que tenía en mente la mostraba en el cuerpo, no se enfureció con ira, no respondió con palabras de altivez, sino que humildemente dijo: «Vive el Señor, que danzaré y me haré más vil de lo que he sido, y seré humilde a mis propios ojos (ibid.)» En estas palabras se propone la forma de la verdadera humildad, mientras se demuestra no menos la humildad interior que la exterior. Pues algunos, cuanto más se rebajan en la composición exterior, más grandes se juzgan a sí mismos interiormente. Quienes, en efecto, desean ser vistos de una manera en la superficie, y ser entendidos de otra manera en secreto: y de donde se rebajan humildemente en público, de ahí se hinchan más altivamente en secreto. Pero David, para mostrarse humilde exteriormente, dice: «Danzaré y me haré más vil de lo que he sido.» Y para mostrar la humildad de su mente, añade: «Y seré humilde a mis propios ojos;» como si dijera claramente: Y me humillaré exteriormente, para ofrecer a otros un ejemplo de salvación; y seré humilde interiormente, para permanecer yo mismo en la raíz de esa misma humildad salvadora. Por tanto, quien camina tan sencillamente, que desea ser tal como se presenta en la deformación de su hábito, tal en la opinión de los que lo ven, este ciertamente lleva verdaderamente el oprobio de Cristo, y lleva la cruz tras Él, muerto al mundo, y cuanto más despreciable se le juzga ante los ojos humanos, más claro se vuelve en los ojos divinos, y con un comercio fructífero, aquel a quien la vestidura exterior afea, resplandece con la gracia interior.

CAPÍTULO XIX. Que las vestiduras suaves son despreciadas por los menos perfectos, pero los más perfectos a veces las admiten indiferentemente.

Algunos también hay que, por el afán de una intención recta, acostumbrados durante mucho tiempo a vestiduras humildes, si alguna vez sucede que se cubren con ropas más suaves, las desprecian con el ceño de una humildad libre; y así como otros se avergüenzan de vestirse con ropas feas, estos se sonrojan al vestirse con ropas preciosas; toleran los hábitos delicados, disfrutan de la aspereza de los despreciables; todos los ornamentos del cuerpo les resultan deshonorosos, la deformidad es para ellos honestidad. De estos, Esther tenía la apariencia cuando decía: «Tú sabes, Señor, mi necesidad, que abomino el signo de soberbia y gloria que está sobre mi cabeza en los días de mi ostentación, y lo detesto como un paño de menstruación y no lo llevo en los días de mi silencio (Esther XIV).» Estos ciertamente arden con el fervor de un deseo santo, pero aún luchan contra las tentaciones de sus pasiones. Otros, sin embargo, han alcanzado tal altura de mortificación, que ya hechos insensibles a ambas cosas, así como buscan vestirse habitualmente con ropas humildes, tampoco rehúyen las preciosas o brillantes cuando la situación lo requiere: contemplando ambas con una sola mirada, a quienes ciertamente las cosas suaves no debilitan, ni las ásperas afligen.

Judith también fue un ejemplo de estos, quien, habiendo usado cilicios hasta entonces, cuando la necesidad lo requirió, se adornó con diversos ornamentos de belleza corporal, como lo atestigua la Sagrada Escritura, que dice: «Judith se quitó el cilicio, se despojó de las vestiduras de su viudez, lavó su cuerpo, se ungió con el mejor mirto, arregló el cabello de su

cabeza, se puso una diadema sobre su cabeza, se vistió con sus ropas de alegría, calzó sandalias en sus pies, tomó brazaletes, lirios, pendientes, anillos, y se adornó con todos sus ornamentos (Judith X).» Con estos ornamentos, la santa mujer mantuvo la custodia de la verdadera humildad en torno a sí misma, y no perdió el espíritu de pobreza con el que había sido enriquecida.

CAPÍTULO XX. La vagancia fue para muchos ocasión de perdición.

Pero mientras yo deseo despojar al monje vestido con ropas preciosas que vagaba, a quien había atrapado, lo pierdo de la mano de mi propia argumentación: y ya lo veo alejarse a lo lejos, mientras considero que solo las vestiduras han quedado en mis manos. Desechadas las vestiduras, persigámoslo rápidamente, y, si es posible, esforcémonos por detenerlo. Sepa, pues, el monje adicto al vicio de la vagancia, que a menos que retire su pie del mundo y se disponga perseverantemente a servir a Dios en un lugar de retiro, no podrá alcanzar la cumbre de la perfección, ni guardar dignamente los deberes de su orden. Dina, la hija de Jacob, mientras se mantuvo dentro de las tiendas paternas, conservó intactos los derechos de su virginidad; pero cuando salió a ver a las mujeres de aquella región, y se dirigió al público, su virginidad sufrió inmediatamente al enemigo, y, prostituida vergonzosamente a la lujuria ajena, sirvió (Gén. XXXIV). La esposa del levita del lado del monte de Efraín, mientras se ocupó en los cuidados domésticos en el interior, guardó la castidad del lecho conyugal; pero llevada por el afecto de la parentela dejada, visitó su patria y parientes: luego, al regresar, sucumbió presa de muchas corrupciones de lujuria desenfrenada: y mientras en la carne sufrió el naufragio de la castidad en peligro, exhaló su espíritu, vejada por un ignominioso escarnio (Jueces XIX). Tamar, hermana de Absalón, mientras habitó sencillamente en la casa de sus hermanos, conservó el genio de su virginidad intacta; pero cuando, por el deber de la visita fraterna, se dirigió a Amnón, hijo de David, lloró haber incurrido en la pérdida de su virginidad arrebatada (II Sam. XIII); y finalmente, habiendo experimentado que era más seguro permanecer que avanzar, aunque tarde, prefirió el retiro secreto a la vagancia nociva.

Y tú, por tanto, si deseas que tu alma persista en la integridad de su virginidad, si consideras abominable someterte a corruptores viles y violentos, busca el secreto, busca el retiro de la soledad, obstruye firmemente tus oídos y ojos de la vanidad de los negocios mundanos, desprecia las conversaciones de los hombres carnales que más bien conducen a la destrucción que a la edificación. Pues según Salomón: «El que toca la pez, se ensuciará con ella (Eclo. XIII).» Reúnete, pues, en el aposento de tu conciencia. A todas las puertas de tu casa, es decir, a todos los sentidos, coloca los cerrojos de la disciplina censoria, para que nadie entre. Pues la fuente que se cierra por todas partes para que no se derrame, se eleva con aguas que fluyen hacia lo alto; por el contrario, la que se conduce por muchos arroyos aquí y allá, tan pronto como un calor más intenso se cierne sobre ella, se seca. Finalmente, si las puertas cerradas hubieran impedido a David, mientras paseaba en el solarío de la casa real, no habría ardido en concupiscencia por Betsabé, que se estaba bañando (II Sam. XI); pero porque no mantuvo su ojo bajo la custodia de la disciplina, él mismo también, después de él, cayó de cabeza en el inmenso abismo de la ruina que se abría. Pues con pasos resbaladizos, experimentó la caída de todo su ser, mientras relajó el freno de una sola mirada; a quien ciertamente le conviene muy bien aquello de Jeremías: «Mi ojo ha despojado mi alma (Lam. III).» Si, pues, una columna tan sublime del cielo cayó gravemente por la sola vagancia de los ojos, ¿qué se debe pensar de nosotros, débiles y pequeños, que corriendo por el mundo, nos sacamos completamente de nosotros mismos; y ocupamos nuestra vista, oído y todos nuestros sentidos en absorber las vanidades del mundo?

CAPÍTULO XXI. Que la vagancia derribó a Esaú, y la estabilidad exaltó a Jacob.

Qué diferencia hay entre los monjes que aman el retiro secreto y aquellos que se dispersan por lo exterior, se nos enseña con claridad en los dos hijos de Isaac. Pues está escrito: «Esaú se hizo un hombre experto en la caza, y un hombre del campo, pero Jacob era un hombre sencillo que habitaba en tiendas (Gén. XXV).» Pero este, prudentemente sencillo, recibió la primogenitura de su hermano y la bendición de su padre, ejecutor cauteloso de su progreso; aquel, experto en la fatuidad, escuchó que viviría de su espada y que serviría como siervo a su hermano como a un señor. Sin embargo, este, si no hubiera permanecido en las tiendas, sin duda habría estado exento de la bendición primitiva; aquel, si no se hubiera proyectado vagando por lo exterior, no habría carecido del privilegio de su primogenitura. Este mantuvo el ocio de la quietud doméstica y, por la gracia divina, saltó a los derechos ajenos; aquel, agotado por el trabajo de la caza, perdió incluso lo que le correspondía por derecho.

Para que no se atrevan a oponer el escudo de la excusa, aquellos que recorren el mundo, jactándose de servir a las leyes de la obediencia, no ignoren que Esaú, al salir a cazar, obedeció las órdenes paternas; y sin embargo, no mereció ofrecer alimentos a su padre, ni obtener las primicias de la bendición deseada. Pues quien ejecuta voluntariamente, por costumbre, lo que pertenece al vicio, por el impulso de su propia voluntad, peca incluso si parece obedecer en apariencia a órdenes ajenas. Pues cuando se dice: «Isaac amaba a Esaú, porque comía de sus cacerías (Gén. XXVII);» es evidente que Esaú, para adquirir alimentos para su padre con el afán de la caza, no obedeció más a la orden paterna por obediencia, que pagó de alguna manera tributo a la costumbre arraigada. Por tanto, quien corre por el mundo satisfaciendo su propia lujuria, y sin embargo afirma obedecer las órdenes de sus superiores, sepa que Dios no cree tanto en las verbosidades coloridas, como juzga según la conciencia de los hombres ocultos.

Es de notar, sin embargo, que algunos, mientras están en la misma vagancia, no caen gravemente; pero al regresar, como si estuvieran ebrios de algún modo por el vino de los negocios mundanos, se precipitan en un inmenso abismo. Pues, cubiertos por el humo de las acciones mundanas, regresan con los ojos, y por eso, devueltos a sus propios límites, no prestan atención a dónde deben poner el pie de la obra. Esto lo insinúa claramente el mismo Esaú, quien, al regresar del campo, se queja de estar muy cansado, y pactó un comercio muy perjudicial con su hermano; y mientras permitió que la rabia desmedida del hambre lo dominara, vendió el gran honor de la primogenitura por un vil guiso de lentejas (Gén. XXV). Así, ciertamente, así quien, entregado a lo exterior, se abandonó a sí mismo, y luego, llamado de nuevo a lo interior con el cuerpo, no con el corazón, lo perdió. También sucede a los que sufren el vicio de la vagancia, que con los ojos interiores cubiertos de polvo, así como no prevén caer en la fosa de la culpa, tampoco advierten después dónde han caído: y así, mientras descuidan considerar sutilmente lo que han hecho, cualquier cosa que hayan cometido, con un examen confuso de la mente, lo desprecian, colando el mosquito, aunque tragando el camello. De esta ceguera también se sabe que Esaú no estuvo exento, como se atestigua en la historia sagrada, donde después de decir: «Esaú juró y vendió su primogenitura;» luego añade: «Y así, habiendo tomado pan y guiso de lentejas, comió y bebió, y se fue, despreciando haber vendido su primogenitura.»

**CAPÍTULO XXII.** En estos dos hermanos se muestra qué diferencia hay entre monjes vagos y estables.

En estos dos hermanos (Gén. XXVII) se percibe claramente cuánta diferencia se siente entre los monjes residentes y los vagabundos. Pues aquel, si no se hubiera dispersado inestable y pródigo de sí mismo por lo exterior, no habría perdido el misterio de la bendición paterna

junto con la primogenitura; este, si no se hubiera contenido dentro de los límites de su hogar, habría permanecido humildemente dentro del límite prescrito de su sucesión como el menor. Aquel, experto y hábil, se desliza del derecho de su prerrogativa; este, quieto y sencillo, subyugados los hermanos, gobierna con un privilegio singular. Uno, agotado recorriendo bosques y selvas, es derribado de la dignidad de su primogenitura; el otro, disfrutando del ocio en un agradable aposento, es elevado divinamente para asumir la monarquía sobre pueblos y tribus.

Por tanto, que el monje, quienquiera que sea, deje de salir frecuentemente de los claustros de su retiro con Esaú; deje de implicarse con él en causas seculares bajo la apariencia de obediencia; no sea que alguna vez llore con él ser desterrado de la bendición divina, a quien el autor de la vagancia nociva le ha tocado. Con Jacob, pues, muéstrese doméstico, con Jacob viva sencillamente en las tiendas, para que Dios, que es verdaderamente el padre de los elegidos, deseando alimentarse de las dádivas de la buena obra, no se sacie con la preparación de fieras silvestres, sino con la de un rebaño doméstico, cuando no prepara para sí mismo un manjar de la superficie de la santidad externa, sino un alimento suave de las virtudes de su conciencia. Pues Dios no manda ofrecer en sacrificio las pieles de las víctimas, sino que más bien ordena presentar las entrañas interiores con las mismas médulas. Por eso, al mostrar el mismo rito de los sacrificios, Moisés ordena, diciendo: «Quitada la piel, corten los miembros de la víctima en pedazos (Lev. I);» a cuyo mandato también se percibe que hay un entendimiento místico, si se indaga más sutilmente. Quitamos la piel de la víctima cuando removemos de los ojos de nuestra mente la superficie de la virtud. Cortamos sus miembros en pedazos cuando distinguimos sutilmente sus entrañas, y las consideramos por partes, para que lo que parece sincero y sólido por fuera, no se tenga por dentro cavernoso por el vicio de la vanidad oculta. David, además, promete ofrecer a Dios sacrificios medulares como un gran don, diciendo: «Ofreceré a ti holocaustos medulares, con incienso y carneros (Sal. LXVI).»

Pero quien se dispersa deleitablemente en los ejercicios de los negocios mundanos, sustrae las médulas de su holocausto con las entrañas, y se esfuerza por ofrecer a Dios solo la piel de la víctima, que se prohíbe ofrecer; quien, en cambio, desea ofrecer un sacrificio agradable a Dios, busque el retiro, persiga lo interior, guarde su alma íntegra e intacta en su propia virginidad; y no, corriendo por los burdeles del mundo, se someta a corruptores inmundos, al modo de una prostituta. Para que, pues, agrade a la vista del esposo interior, no pinte sus ojos con antimonio como Jezabel (II Reyes IX), es decir, no se cubra con los cosméticos de la pompa mundana, sino que unja sus miembros con el mejor mirto como Judith (Judith X): unja, es decir, todos los sentidos de su mente con el ungüento inmortal de la castidad, para que no, cayendo en la muerte por la incontinencia, se pudra en el hedor de la lujuria.

En el aposento de la santa Iglesia, pues, el alma casta se encierre, y así descanse continuamente en el tálamo del Rey eterno. No busque el afecto de parientes carnales, ni de cómplices cualesquiera, sino que se deleite en los abrazos del único verdadero Esposo. Pues no sin razón está escrito: «Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, porque el Rey ha deseado tu belleza (Sal. XLIV).» En el aposento de este Esposo, pues, el alma santa dormita, apartada de todo torbellino del ruido mundano, arda en las llamas del amor casto de su autor de virginidad; cantando ciertamente, y diciendo: «El Rey me ha introducido en sus cámaras, nos regocijaremos y nos alegraremos en ti (Cant. I).» Y de nuevo: «Mi amado es para mí un ramillete de mirra, entre mis pechos descansará (ibid.).» Si, sin embargo, surge alguna ocasión que parezca requerir la necesidad de salir, no se precipite a vagar ligeramente, no se adhiera a la conversación de la consanguinidad, no se encienda un ánimo fijo en el mundo hacia la vanidad del siglo, sino que delibere lenta y

gravemente entre sí, diciendo: «Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? (Cant. V)»

CAPÍTULO XXIII. Que la disposición divina, así como otorga a los buenos el ocio espiritual, también permite a los malos dispersarse en lo exterior.

Si, pues, el singular Esposo percibe que este deseo está presente en el alma santa, porque sin duda es el príncipe de la paz, le concede la libre tranquilidad del ocio espiritual, y compone con plácida tranquilidad todos los oleajes de las causas emergentes en torno a ella. De ahí que en el Cantar de los Cantares dice: «Os conjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis ni hagáis despertar a la amada, hasta que ella quiera (Cant. II).» En cambio, a la mente reprobada, ansiosa de negocios mundanos, bajo la figura de Babilonia, se le dice por el profeta: «Desciende, siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia, siéntate en la tierra, no hay trono para la hija de los caldeos (Isa. XLVII).» En este lugar, la mente humana, virgen, no se dice, creo, incorrupta, sino infecunda. Y porque Babilonia significa confusión, con razón se llama hija de Babilonia a la mente infecunda, que en cuanto no germina buenas obras, al no estar ordenada en la vida recta, es como si naciera de la confusión como madre. Pero si la virgen no se dice infecunda, sino incorrupta, después de haber perdido el estado de salvación, se le llama lo que fue para el cúmulo de su confusión. A quien apropiadamente se le dice por increpación con voz divina: Desciende. Pues el alma humana está en alto cuando anhela las retribuciones celestiales. Pero desciende de este estado cuando, vencida vergonzosamente, se somete a los deseos fluyentes del mundo. A quien bien se añade inmediatamente: Siéntate en el polvo. Pues al descender, se sienta en el polvo, porque al abandonar las cosas celestiales, asperjada por pensamientos terrenales, se envilece en lo más bajo.

Donde aún se añade insistiendo: Siéntate en la tierra. Como si dijera abiertamente reprochando: Porque no quisiste regirte por la conversación celestial, humíllate en los actos terrenales, postrado bajo ti mismo. Por lo cual, necesariamente se añade de inmediato: No hay trono para la hija de los caldeos. Pues caldeos significa feroces. Son muy feroces, porque siguiendo sus propias voluntades, no saben perdonar ni a sus propios hábitos. Son feroces los deseos terrenales, que no solo contra los preceptos del Creador, sino que a menudo incluso contra los golpes de las correcciones, hacen la mente dura e insensible. Pero la hija de los feroces no tiene trono, porque la mente que nace del amor al mundo por deseos perversos, y se endurece por los mismos deseos, en cuanto se somete a las concupiscencias terrenales, pierde el asiento del juicio, y no preside en ningún trono, porque carece del examen de la discreción: como si fuera rechazada de la sesión de su juicio, porque vaga por la concupiscencia del deseo exterior. Pues es evidente que la mente que ha perdido el asiento del consejo interior, se dispersa innumerablemente por los deseos exteriores; y porque disimula lo que ha entendido, también se ciega para no saber qué hacer: y a menudo, por el justo juicio de Dios, se deja en su propia voluntad, y se relaja en los ministerios laboriosos del mundo que ansiosamente apetece. Por lo cual, apropiadamente se añade allí: «Porque ya no serás llamada blanda y tierna: toma el molino y muele harina (ibid.).» Pues es evidente que los padres perdonan a su hija tierna, y no la afligen con trabajos duros y serviles.

Por tanto, el Dios omnipotente llama a su hija tierna, cuando llama a la amada de cada alma de los servicios laboriosos de este mundo, para que no, mientras se afecta por los actos exteriores, se endurezca por los deseos internos. Pero la hija de los caldeos no se llama blanda y tierna, porque la mente dedicada a los deseos perversos se deja en el trabajo de este mundo que ansiosamente apetece: para que sirva al mundo exterior como una esclava, la que no ama a Dios interiormente como una hija. Por lo cual, se le ordena tomar el molino y moler harina. El molino se lleva en círculo, y la harina se produce. Pero cada acción de este mundo es un

molino, que mientras acumula muchas preocupaciones, gira las mentes humanas como en círculo; y de sí misma produce como harinas, porque al corazón seducido siempre engendra pensamientos minuciosos. A veces, sin embargo, quien se creía quieto de algún mérito, se desnuda cuando se coloca en cualquier acción. Por lo cual, inmediatamente se añade allí: «Desnuda tu vergüenza, descubre el hombro, revela las piernas, cruza los ríos (ibid.).» Pues en la administración de la obra se desnuda la vergüenza, cuando la mente vil y despreciable se conoce en la ostentación de la acción; que antes, en reposo, se consideraba grande. La mente descubre el hombro, cuando muestra su obra, que era desconocida. Revela las piernas, porque manifiesta con qué pasiones de deseos se aferra a las ganancias del mundo. También cruza los ríos, porque ansía incesantemente las acciones de este siglo, que diariamente fluyen hacia su fin; y mientras deja unas, sigue otras, como si siempre se dirigiera de río en río.

Hemos dicho esto para mostrar en qué yace la mente expulsada del trono de la santa intención y entregada al vicio de la vagancia; porque si cesa de anhelar lo que es superior, también cae incesantemente bajo sí misma. Pero se fija en lo alto, si, abandonando el amor a lo temporal, se liga a la esperanza de la eternidad inmutable. Y no afirmamos con estas palabras que el monje, con un propósito obstinado, permanezca siempre en su retiro, ni que nunca acceda a salir cuando lo exija una necesidad violenta; sino que más bien aconsejamos que lo haga tanto más escasamente, y tanto más raramente, cuanto sabe que vagando por el mundo, ni puede vivir espiritualmente, ni alcanzar la cumbre de la perfección, incluso si vigila diligentemente.

#### CAPÍTULO XXIV. De los ermitaños que están en la vagancia.

Sin embargo, entre todos los tipos de personas que se desvían de su propósito, no deja de desagradar moderadamente aquel que parece incluso mezclarse con los más santos ermitaños, a quienes la misma enfermedad de la vagancia pestilente agita: y (si se me permite decirlo) un cierto tipo de demonios, como Vertumnus, los atormenta. En efecto, entre los antiguos, los Vertumni eran llamados demonios, por cuya instigación los hombres, puestos en vértigo, se volvían inestables. A estos, sin duda, no se les considera injustamente sujetos, quienes solo durante el tiempo de Cuaresma permanecen en sus celdas, pero durante casi todo el año corren de aquí para allá, y así consumen su vida en vano deambulando. Estos, mientras buscan lo más remoto, a veces saliendo frecuentemente al público, se jactan de extenderse a ambas vidas, la contemplativa y la activa, pero no logran aportar fruto pleno de salvación en ninguna de ellas: y aunque se felicitan a sí mismos como Jacob por unir dos matrimonios con un vínculo especial, se descubre que su propia opinión se vuelve en su contra. Contra la costumbre, tanto Raquel como Lía se les vuelven estériles; una se ve obstaculizada por la debilidad de la vista, la otra es golpeada por la observación de la esterilidad; porque, en efecto, tales hombres, corriendo por el público, considerados de opinión siniestra entre la gente, no pueden engendrar hijos espirituales para Dios, y regresando del mundo como ebrios, no pueden penetrar en lo íntimo. Pues quien desee alcanzar con la mirada de la mente aquella luz inaccesible, le es necesario purificar los ojos interiores de toda mancha de acción mundana durante largos períodos de vagancia; no sea que, al elevar los ojos para contemplar lo supremo, el polvo de la conversación terrenal se interponga, y vea más las tinieblas que dejó atrás que la luz que se esfuerza por alcanzar.

#### CAPÍTULO XXV. Que la costumbre hace dulce la celda, y la vagancia la hace horrible.

A esto se añade que para aquellos que alternan su vida bajo esta inconstancia de cambio, la vida de retiro se vuelve más austera, cuanto más son retraídos por la costumbre de vagar; de

modo que la estricta vida eremítica les parece de extrema dificultad, y la celda misma les resulta horrible. La costumbre hace dulce la celda al monje, la vagancia la hace parecer horrible. Para los que vagan, la celda es una cárcel; para los que permanecen, una habitación agradable; el silencio hace vigilante al monje perseverante, el sueño abate al que viene de fuera, la sobriedad fortalece el cuerpo acostumbrado al ayuno, el flujo de banquetes abundantes lo debilita. La vigilia moderada agudiza la mente humana, la repetición del sueño la embota. La conversación frecuente en la mente del monje genera hambre, el retiro secreto guarda el alma en el rigor de la continencia acostumbrada. La relación de los negocios seculares hace al alma sujeta a las pasiones del deseo, la meditación continua de la palabra sagrada la hace muerta al mundo. La pobreza del monje es seguridad de la mente, la seguridad es madre de la pureza. Por el contrario, la abundancia de cosas engendra los aguijones de la preocupación, la preocupación es raíz de la ansiedad. Los pies sin lavar, las manos descuidadas, el cabello sin peinar, son como un ancla para el monje que permanece continuamente en la celda; por el contrario, la composición cuidada del cuerpo delicado es un incentivo y ocasión para salir al público.

Por tanto, quien quiera que la vida eremítica le sea dulce, ciertamente es necesario que se esfuerce por perseverar en ella con ánimo constante; y no la alterne con cambios, si desea llevar el yugo suave del Señor en paz. La vida eremítica continuada es un refrigerio, interrumpida parece ser un tormento. Con el retiro continuo, el alma se ilumina, los vicios se descubren, y todo lo que había permanecido oculto al hombre sobre sí mismo se revela. Cuando el agua del vivero, removidos los obstáculos, se extrae, los peces que quedan en seco sufren la mirada humana: y cuando el flujo de la acción terrenal se desvanece, todo lo que solía flotar en el profundo de las tormentas emergentes se desnuda. El cazador, también, cerrando los desvíos, rodea con densos arbustos los refugios de los bosques, y deja un solo acceso para las fieras fugitivas, y allí se coloca en emboscada con las lanzas tensadas; y así se atribuye a sí mismo la ventaja de una caza laboriosa, mientras espera tranquilo en la entrada del único camino de salida las huellas de las fieras veloces, que no podía perseguir por infinitos caminos. Y nosotros, cuando cerramos los caminos de la acción terrenal a los vicios que intentan salir a la libertad de la mala obra, les ponemos una trampa en un solo lugar, porque luchamos continuamente solo con los pensamientos. Así, la ferocidad bestial de nuestros vicios se captura fácilmente, mientras se custodia singularmente el único camino accesible del pensamiento humano. El cazador de aves también cubre todos los remansos con densidades de ramas, y obliga a las aves a confluir por necesidad a un solo lugar para beber agua dulce; y mientras solo ese lugar se expone para beber, las trampas circundantes se enriquecen con el éxito de la caza afortunada. Para que podamos fácilmente tender lazos de captura a las diversas pasiones del alma, cerrando los riachuelos de los negocios seculares, debemos esforzarnos por luchar virilmente solo contra los impulsos de los pensamientos, para que, mientras nuestros vicios, disuadidos de la acción, vuelen solo a las fluctuaciones de los pensamientos, caigan fácilmente en los lazos de la santa prudencia.

CAPÍTULO XXVI. Que a menudo el monje es engañado por falsas promesas carnales.

Sin embargo, debe notarse que a menudo el siervo de Dios es engañado por los miembros de este mundo, cuando se le invita insistentemente a resolver disputas de disidentes, o a realizar algunas tareas, supuestamente para usos eclesiásticos. Exageran el peligro inminente y el riesgo común de muchos, a menos que avance. Si accede, aseguran de múltiples maneras que todo se llevará a cabo según el juicio de su voluntad y con resultados felices. Pues el antiguo enemigo, viendo al soldado de Cristo en el campo de batalla del santo combate, maquina presentar superficialmente el bien de un fruto más abundante, para que, mientras se considera una ganancia mayor, el bien presente se posponga temporalmente como si fuera por

dispensación. Pero quien ha experimentado frecuentemente la costumbre del mundo mentiroso, sabe prudentemente rechazar las vanas invenciones de los que sugieren, y guardarse gravemente del ejercicio de un trabajo infructuoso. Pues para algunos, la autoridad de un monje ausente es grave; pero si está presente, se juzga de ningún valor. A menudo, las cartas de reverencia de algún hombre venerable reciben honor, que se exhibe con menos devoción si está presente. Para los seculares, cualquier religioso es como una pintura. La pintura, si se ve de lejos, se contempla con avidez y deseo; si está cerca, se juzga despreciable. Y cualquier espiritual, ausente de los carnales, es temido; presente, parece ser despreciado. Lo que el Apóstol también testifica que le sucedió a él mismo, cuando dice: «Las cartas son graves y fuertes, pero la presencia del cuerpo es débil, y el discurso despreciable (II Cor. X).» A quienes había aterrorizado con la fortaleza y gravedad de las cartas, a esos les parecía despreciable en presencia corporal. ¿Y qué maravilla que esto suceda a cualquier hombre justo, cuando incluso de la cabeza de los elegidos, nuestro Redentor, la serie evangélica afirma algo no disímil? «Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho; pues deseaba verlo desde hacía mucho tiempo, porque había oído muchas cosas de él (Luc. XXIII).» Pero veamos en qué terminó este gran y prolongado deseo que la falsedad herodiana tenía por el Señor ausente, cuando se le ofreció la oportunidad de verlo. Lo que se declara claramente cuando poco después se añade: «Pero Herodes, con su ejército, lo despreció, y burlándose de él, lo vistió con una vestidura blanca, y lo envió de nuevo a Pilato (ibid.).» He aquí que aquel a quien esa astuta zorra deseaba, lo despreció; a quien deseaba ver, lo ridiculizó; y porque no buscó la vida por amor a vivir, al enviarlo de nuevo a Pilato, permaneció en la muerte de su impiedad.

CAPÍTULO XXVII. Que el monje debe guardarse de la implicación mundana.

Por tanto, quienquiera que esté en el campo de la milicia celestial y se apresure hacia la ciudadanía de la patria celestial, debe esforzarse por rechazar las promesas del mundo que halaga maliciosamente, y evitar quedar atrapado bajo cualquier apariencia de acciones seculares. Tiene asignado el oficio propio de su servidumbre: debe creer que le basta si puede cumplir con el deber prescrito de la obediencia que se le ha impuesto. Recuerde lo que está escrito: «Cuida que no sean muchos tus actos (Ecli. XI).» Que se deje a los seculares componer las leyes seculares. Basta a los siervos de Dios mostrarse muertos a este mundo perecedero. Pues así como es absurdo preferir lo malo a lo bueno, también es insensato juzgar lo óptimo inferior a lo bueno. María, porque eligió la mejor parte, creyó que le bastaba; y no se inclinó hacia los bienes de Marta, es decir, el frecuente ministerio (Luc. X). Moisés, porque alejado de la conversación humana, ayunó dos veces durante cuarenta días, también dos veces mereció recibir la ley del Señor escrita con el dedo (Éx. XXIV); pero Aarón, que fue dejado para la custodia del pueblo, se le conoce por haber fabricado ídolos (Éx. XXXII).

Así, sin duda, así sucede a menudo, que quien no está contento con lo propio, al avanzar para consultar la salvación ajena, se ve obligado a soportar su propio peligro; y mientras extiende la mano a otro, como a alguien que palpita entre naufragios tormentosos, también él es envuelto por la voraz ola. Por tanto, es más seguro, bajo la oscuridad nocturna de esta vida, que nosotros, situados en la orilla, proyectemos luz a los naufragos, que nadar hacia ellos por compasión con peligro de nuestra propia vida; para que ellos, guiados por la indicación de un curso recto dado por nosotros, alcancen el seno de un puerto seguro, y no seamos nosotros, al cruzar hacia ellos, absorbidos por el abismo del mar espumoso. En la cima del monte Rafidim, Moisés oraba, y bajo la dirección de Josué, Israel combatía en el valle. Pero si Moisés hubiera descendido a las llanuras en ayuda de su pueblo, Amalec sin duda habría golpeado las espaldas de los israelitas que caían. Si él hubiera bajado las manos para tomar las armas, con la matanza de los suyos, habría ofrecido una fácil victoria a los adversarios

triunfantes. Lo que se reconoce claramente si se atiende sutilmente a la serie de la historia sagrada, donde se dice: «Porque cuando Moisés levantaba las manos, Israel preveleía; pero si las bajaba un poco, Amalec preveleía (Éx. XVII).» Las manos del que ora fortalecían las manos de los que combatían; y porque aquellas manos inermes se elevaban al cielo, por eso aquellas que combatían obtenían la victoria al derrotar a los enemigos. La lucha fue de aquellas, pero no se duda que la victoria fue de estas; porque para que a aquellas se les concediera vencer, estas merecieron obtenerlo divinamente. Por el contrario, Balaam hijo de Beor, que salió a la batalla con los madianitas, fue asesinado con la espada junto con aquellos a quienes había decidido matar (Núm. XXXI). Y con razón, quien no está contento con su propio oficio, se ve sujeto al peligro ajeno. Mereció caer infeliz, atravesado por espadas enemigas entre las filas de los combatientes, quien, en paz, podría haber anunciado el resultado de la batalla por el oráculo de la profecía.

#### CAPÍTULO XXVIII. De la libertad y discreción de Eliseo.

No así Eliseo, quien ciertamente no siguió al rey Joram de Israel en su marcha contra Moab, sino que creyó que bastaba con predecirle el éxito de la batalla y la victoria futura sobre los enemigos derrotados (2 Re. III). Pero, ¿por qué decimos que no siguió al campamento real en la batalla, cuando, al venir Naamán de los remotos confines de Siria, y estando humildemente de pie con sus caballos y carros a la puerta de su casa, no consideró digno salir, ni abrir la puerta para que entrara, sino que más bien le mandó por un mensajero lo que debía hacer? Y ciertamente Naamán tenía una abundante provisión de dones mundanos, con los cuales parecía digno de ser honrado. Pues como testifica la historia: «Era príncipe del ejército, un hombre grande ante su señor, y honrado (ibid.).» Por él, el Señor había dado la salvación a Siria. Además, como está escrito, era un hombre fuerte y rico. Incluso en esa expedición, no carecía en absoluto de la facultad de la riqueza. Había llevado consigo, como se lee, diez talentos de plata, y seis mil piezas de oro, y diez mudas de ropa, que aunque la Escritura no diga de qué tipo eran, ¿quién duda que, enumeradas junto con los pesados metales de oro y plata, eran preciosas? ¿Cuántos hay hoy que, considerados en la profesión de la institución monástica, si un hombre tan poderoso y famoso se dignara a estar de pie ante sus puertas, inmediatamente correrían reverentemente para encontrarse con él, le rogarían humildemente que entrara, y no pronunciarían palabras de adulación que se cumplieran útilmente, sino que se escucharan con agrado? Y si se les rogara tanto, no se negarían a aceptar las ofrendas, especialmente si tuvieran un poco más numerosa congregación de hermanos que alimentar. Pero Eliseo, discípulo del Espíritu Santo, rico en esperanza, opulento en el tesoro de la fe, aunque sustentaba a cien hijos de profetas bajo la disciplina de su magisterio, despreció el dinero, rechazó los dones, y laudablemente rehusó recibir la recompensa de la gracia otorgada, para no parecer que vendía lo que había recibido gratuitamente. Al venir Naamán, no se levantó con soberbia, sino con prudencia, para no mostrar reverencia a un extranjero que aún presumía de gloria terrena: sin duda, ya entonces prefigurando la imagen de la dignidad apostólica, que Pablo posteriormente representa expresamente, diciendo: «Mientras sea apóstol de los gentiles, honraré mi ministerio (Rom. XI).» ¿Acaso se debe considerar que el ministro de la humildad actuó con soberbia al dejar a Naamán de pie ante la puerta, quien, desde el monte Carmelo donde residía, se dejó llevar por una mujer, y no solo la acompañó, sino que además la siguió? Pues cuando ella dijo (2 Re. IV): «Vive el Señor, y vive tu alma, no te dejaré;» inmediatamente sigue la Escritura, diciendo: «Se levantó y la siguió.» ¿Acaso también rechazó con altivez los abundantes dones de la soberbia, quien no despreció recibir caritativamente los humildes panes de cebada de un hombre que venía de Baal-salisa?

Pero aquí, mientras ponemos un obstáculo al profeta para que no se le acuse de altivez arrogante, abrimos una puerta de cuestionamiento inquisitivo sobre nosotros mismos. Pues

contra lo que proponemos, puede surgir una cuestión de este tipo: Si un profeta tan grande aceptó panes de las manos del oferente, y consintió salir de la soledad por la súplica de una mujer; ¿por qué razón el monje no debería atreverse a frecuentar el mundo, o aceptar dones con más dificultad? A lo que nosotros, respondiendo brevemente, no cortamos completamente la licencia de aceptar al monje, sino que aconsejamos que lo haga con más moderación y discreción, cuando la devoción fraterna lo requiere: sin duda, que acepte lo necesario, como el profeta los panes que necesitaba, y no admita lo que juzgue superfluo, como él el dinero.

En cuanto a que Eliseo descendió de la montaña para resucitar al hijo de la sunamita, esto debe ser más bien venerado que imitado por los monjes de este tiempo. Que al monje le sea permitido recurrir al mundo por voluntad propia, siempre que pueda resucitar a un hombre muerto a la vida. Pues ese viaje profético se reconoce completamente, tanto lleno de virtud por el milagro de la resurrección humana, como típico por el misterio interno de la significación. ¿Y qué significa esto? No se considera ocioso si se expone brevemente. Pues el hijo de la sunamita no fue resucitado por el niño enviado por Eliseo con el bastón: pero Eliseo, viniendo por sí mismo, y tendiéndose sobre el muerto, y ajustándose a sus miembros, caminando de aquí para allá, y soplando siete veces en la boca del muerto, lo animó inmediatamente a la luz de la vida por el misterio de la compasión. El Creador del género humano, Dios, como dolido por un niño muerto, se compadeció de nosotros, muertos por el agujijón de la iniquidad. Y porque a través de Moisés pronunció el terror de la ley, como por un niño envió la vara. Pues Dios sostenía la vara a través de la ley, cuando decía: «Si alguien hace esto o aquello, morirá (Éx. XX, XXI).»

Por tanto, la ley no pudo resucitarnos de la muerte del pecado, pero Dios, aspirando la gracia de la mansedumbre, nos levantó clementemente al estado de vida. Pero el niño no pudo resucitar al muerto con el bastón, porque, como atestigua Pablo: «La ley no llevó nada a la perfección (Heb. VII).» Pero él, viniendo por sí mismo, y tendiéndose humildemente sobre el cadáver, ajustó sus miembros a los del muerto: «Porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre (Filip. II).» Camina de aquí para allá, porque llama tanto a los judíos cercanos como a las naciones lejanas. Sopla siete veces sobre el muerto, porque la gracia del Espíritu de siete formas inflama a los que yacen en la muerte del pecado para la percepción del don divino. Y pronto se levanta vivo, porque aquel a quien la vara del terror no pudo resucitar, por el espíritu del amor el niño vuelve a la vida (2 Re. IV).

¿Quién, pues, se atrevería a tomar como ejemplo el curso profético, del cual se sabe que no puede igualar ni la virtud ni el misterio? Que el soldado de Cristo, por tanto, vigile asiduamente en el campo de la milicia celestial, armado con la coraza de la fe; que siempre esté listo para luchar por los campamentos de su emperador, no sea que, encontrándolo vagando fuera de los campamentos, lo consuma la espada enemiga. Mientras Abner estuvo en los campamentos de sus compañeros de armas, fue terrible para las filas de los adversarios; pero cuando depuso las armas, pagó con su vida al ser asesinado por la espada de un soldado aún inexperto, Asael, recientemente caído (2 Re. II). También Urías, si hubiera preferido el hospedaje de su propia casa, sin duda habría evitado la sentencia de la indignación real y el engaño. Pero porque prefirió dormir fuera, en lugares ajenos, que en su propio dormitorio, llevó las cartas de sus autores de muerte al jefe de los sitiadores de la ciudad (2 Re. XI).

CAPÍTULO XXIX. Que en este tiempo la predicación no es tan fructuosa como antes.

Y ciertamente hubo un tiempo en que el mundo necesitaba de quienes anunciaban el bien, pero han pasado y transcurrido los tiempos en que cualquier religioso podía aconsejar fructuosamente a los seculares, y sembrar espirituales en la mente de los carnales sin inutilidad. Ahora, los infelices consideran las palabras de vida como fábulas, y aunque presten oído a las advertencias saludables, sin embargo, declinan guardarlas. Pero si llevamos los ojos de la fe a lo pasado, como ramas fructíferas degeneradas en vástagos estériles, encontramos que este presente siglo es como aquel pasado.

¿Quién no se maravilla de que Nínive, una ciudad extremadamente extensa e incomparable, se convierta tan fácilmente de su maldad a la voz de un solo hombre; y que un pueblo innumerable, no solo con niños y mujeres, sino incluso con animales, sea llamado al arrepentimiento (Jon. III)? ¿Quién en este tiempo, no diré a una edad débil o a un sexo, sino incluso a los mismos hombres, se atrevería a prescribir ayunos de tres días, para que no se les permita beber agua ni probar alimento alguno? He aquí que entre los gentiles, incluso los animales irracionales levantan sus alimentos de tres días a la voz del profeta; mientras que los mismos hombres bajo la disciplina evangélica desprecian ayunar más allá de un día. Aquellos acuden unánimemente al arrepentimiento con un solo predicador; estos escuchan sin cesar a multitudes de predicadores y de ninguna manera acceden a obedecer. ¿Quién no se asombra también de que todos los hombres de Judá y Benjamín, quienes habían tomado esposas extranjeras, a la predicación del sacerdote Esdras no solo disolvieron los matrimonios ilícitos, sino que también rechazaron toda la descendencia que de ellos había nacido (I Esdr. X)? ¿Quién no sabe cuánto amor tienen los hombres hacia sus propias esposas, cuánta piedad hacia los hijos ata el corazón paterno? ¿Quién ignora con qué dolor, con qué amargura pudieron los sentimientos humanos ser sacudidos para disolver el doble vínculo de esta necesidad? ¿Con qué incendio de dolor vehementísimo fue compelido a arder el afecto paterno, el ánimo conyugal? Sin embargo, teniendo verdadera piedad hacia Dios, redujeron a nada la imagen de la falsa piedad; y para ser verdaderamente piadosos en espíritu, se hicieron laudablemente rígidos contra la carne y la sangre. Se armaron contra las leyes de la naturaleza, para militar fielmente al Autor de las naturalezas. Olvidaron hacia los hijos que eran progenitores, para ser ellos mismos inscritos como herederos del verdadero Padre; y para reparar los pactos de la paz celestial para sí mismos, rescindieron el vínculo del lecho conyugal. No saben guardar la fidelidad en los matrimonios, donde la mejor fe se recalienta hacia su propio autor. A quienes ciertamente se les aplica convenientemente lo que se dice por Moisés: «Quien dijo a su padre y a su madre, no os conozco; y a sus hermanos, os ignoro, y no conocieron a sus hijos, ellos guardaron tu palabra, y observaron tu pacto (Deut. XXXIII.)»

¿Quién, pregunto, ahora podría rescindir los matrimonios incestuosos con la predicación más insistente? ¿Quién podría, no digo al pueblo, sino al menos a un solo hombre, provocar al repudio de un matrimonio ilícito? Claman los sagrados cánones, las leyes humanas castigan tanto el crimen, los predicadores de la Iglesia se oponen: y todas estas cosas mueven a risa a los hombres perdidos como si fueran cuentos de viejas, más que compungirlos a lamentar la corrección del pecado. He aquí que además este año, como sabéis, por el obispo de la sede romana se ha convocado dos veces un concilio sinodal, donde nuevamente todos los incestuosos, según los decretos de los cánones, han sido privados de la comunión eclesiástica.

Pero, ¿quién de entre tantos miles de hombres ha visto al menos a uno separado de la abominación del pacto infame? Más bien, para que no sea absorbido con justicia por el abismo del que clama más profundamente, ¿quién de ellos después de esto ha dejado de frecuentar el umbral de la Iglesia? ¿O quién, además, considerando estas cosas, se ha

apartado de su familiaridad? Por lo tanto, el contagio de la lepra mortal se extiende a todos, porque ciertamente todos sus cómplices están atados por el vínculo de la excomunión apostólica. En verdad, cualquiera que esté adornado con los títulos de la prosapia conyugal, cualquiera que sea seducido por la forma de la belleza ancestral que halaga malamente, especialmente si abunda en los dones de una sustancia más generosa, o la índole de una descendencia creciente le infunde la esperanza de una futura posteridad; juzga más conveniente apartarse manifiestamente de Dios, que disgregar el pegamento de un matrimonio tan lucrativo. Si, por el contrario, suceden cosas contrarias a estas, y es golpeado por la incomodidad de la calamidad de la lujuria, él mismo teje la línea de la falsa consanguinidad, y finge los nombres inauditos de los antepasados a través de muchos argumentos, y convoca a algunos ancianos como testigos de esta alegación, a quienes, sin embargo, no ignora que han sido llevados de en medio por el término de la vida. Así pues, él mismo, acusador y reo, imputa el crimen, exagera el delito, y busca el apoyo con el que pueda nadar fuera de un naufragio tan peligroso.

Vaya, pues, ahora el monje, abandone el ocio saludable de su vida, y consuma su vida bajo la apariencia de ganar almas, persiguiendo vanidades. ¿Quién, en efecto, se ha despojado alguna vez de su simonía por el impulso de nuestra advertencia? ¿Quién, invasor violento del derecho ajeno, ha restituido a los expulsados de su suelo paterno en las herencias usurpadas? ¿Quién, en el campo, rodeado de belicosas falanges de armados, si pudo enfrentarse en igualdad de condiciones, ha regresado a lo suyo sin derramamiento de sangre por el obstáculo de la paz secuestrada? ¿Quién, exactor, ha perdonado al deudor necesitado el interés fijado en el documento? ¿Quién, deudor, ha guardado las leyes de la buena fe a los herederos del acreedor? Todo está confuso en el mundo, todos los decretos de piedad y fe están convulsos. La justicia se vende por los jueces. La verdad es oscurecida por los legistas con el oscuro color de la argumentación cavilosamente. Las leyes son ciertamente venales, y el dinero justifica a los delincuentes. El oro ahora, presidiendo a los mismos senadores, juzga en los tribunales, y como un cierto emperador, promulga edictos de sanción pragmática. Pues así como el rey en los secretos santuarios delibera sobre el estado del reino, sobre la suma de las cosas; de alguna manera así el oro, oculto, emite sentencia en público. Se encierra en un estrecho sudario, y en los negocios decididos aplica los cálculos judiciales. Pues a menudo aquellos a quienes la causa condena, el dinero mentiroso afirma con descaro que son dignos de premio; por el contrario, aquellos a quienes la conciencia testifica como inocentes, los establece impiamente como reos ante los jueces. La moneda, en efecto, otorga peso a las leyes, y como falso intérprete, inclina las sentencias oscuras a su entendimiento. La moneda ablanda el corazón de los jueces hacia los ricos con el aceite de la impiedad; pero hacia los pobres, los impulsa a ejercer el rigor de una rígida animadversión. Ahora, pues, la avaricia, raíz de todos los males, brota más abundantemente, y como ramas de una propagación venenosa, extiende por todo el mundo los portentos de los vicios mortales.

CAPÍTULO XXX Que ahora todos los monstruos de los vicios florecen más mortalmente.

Estos tiempos, ciertamente, son anunciados por el oráculo apostólico, cuando predice a Timoteo lo que vendrá: «En los últimos días, dice, habrá tiempos peligrosos, y los hombres serán amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto, sin paz, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, obstinados, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios, teniendo apariencia de piedad, pero negando su poder (II Tim. III);» y tras estas palabras, añade de inmediato: «Y a estos evita (ibid.).» ¿Acaso Timoteo iba a llegar hasta el fin de este mundo, a quien el Apóstol enumeraba las maldades de los hombres en los últimos días, y de inmediato le añadió que los evitara? ¿O más bien, en la persona de un solo discípulo, dio este

mandato comúnmente a aquellos que aún preveía que estarían destinados al oficio cerca del fin del siglo? Por lo tanto, al no decir: Predica a estos, anúnciales las palabras de vida, sino «evita a estos,» ciertamente reprende la insolencia de la temeridad moderna, y refrena a los altivos de una infructuosa predicación.

¿Qué decimos a esto nosotros, los monjes, que excedemos los límites de nuestra medida, y usurpatoriamente reclamamos para nosotros el derecho de un oficio ajeno? Si Pablo prohibió a su discípulo, especialmente constituido en esto mismo, la predicación a los incorregibles, ¿con qué nota de audacia somos reprendidos nosotros, que no habiéndonos delegado el oficio de la predicación, nos imponemos inoportunamente, y posponiendo nuestra salvación, sudamos vanamente por los supuestos progresos ajenos?

Ceda, pues, ceda el cuidado estéril del negocio. Júzguese superfluo entregarse a un trabajo infructuoso. Que la mente, recogida con todas sus fuerzas, regrese a sí misma, y se prepare vigilante para la lucha contra los adversarios infatigables. Que los sentimientos de caridad fluyan internamente hacia todos, pero que considere superfluo extenderse hacia el exterior por causa de la salvación ajena. Que imparta consejos de salvación a los que vienen a él, que no ponga ligeramente los beneficios de su propia quietud por la exhortación de nadie. La página de un edicto imperial es llevada por un mensajero; se nos dirigen bulas apostólicas del autor de la sede apostólica; se convoca un sínodo, y a hombres religiosos se les confía la suma de todo el concilio. Inmediatamente, el monje se inclina hasta el suelo, rinde honor reverentemente a las sagradas letras; sin embargo, considera irrevocablemente que el oficio de esta expedición es ajeno a él, pensando para sí mismo: ¿Qué tengo yo que ver con los reyes de la tierra? ¿Qué tengo yo que ver con el sínodo? Me basta insistir en llorar mis pecados; me basta mostrarme muerto a este mundo.

No os atreváis, os lo ruego, monjes, no os atreváis a irrumpir en las cortes de los reyes bajo la apariencia de compasión eclesiástica; no os atreváis a golpear con importunidad fastidiosa los oídos de los príncipes como si sugirierais cosas saludables; creed al experimentado, creed a quien no ha sido ligeramente fatigado en estos estudios de gracia. Pues a menudo hemos expresado a la majestad imperial lo que parecía necesario sugerir; invitados por los sumos pontífices, hemos asistido a los concilios sinodales; pero quien persigue estas cosas en este tiempo, parece como si sembrara semillas en las playas arenosas.

CAPÍTULO XXXI. Que en el sínodo el monje no se atreve a hablar libremente por la envidia de los obispos.

A menudo, en efecto, estando en los concilios sinodales, hemos visto a algunos, conscientemente feroces, presidir en el número de los sacerdotes, no solo seguros de sí mismos, sino incluso impudicamente dispuestos a defender los crímenes de otros: quienes, como se decía, primero habían comprado con Simón (Hechos II), y luego habían vendido los dones de los carismas con Giezi (IV Reyes V). Cuya fuerza era tal para excusar excusas en los pecados, que entre otros males, incluso parecían no solo defensores, sino más bien asertores de la herejía simoníaca. ¿Qué monje se atrevería a murmurar por la envidia de estos? ¿Quién se atrevería a reclamar para sí el derecho de libertad para acusar crímenes o declarar justicia? Inmediatamente arremeterían, inmediatamente tomarían las armas de la dura reprensión contra nosotros, y tras un altercado previo, nos impondrían silencio, quejándose entre sí de este modo: A este concilio hemos venido a juzgar.

Pero, ¡oh nueva presunción! Nos sometemos a las sentencias de los muertos, y han sido hechos jueces de los obispos, quienes legalmente estaban constituidos bajo sus leyes. A

quienes a veces se les responde: Venerables Padres y señores, así como a vosotros se os ha otorgado especialmente el juicio, así también a los miembros menores de la Iglesia les compete expresar en común lo que sienten; ni ninguna autoridad de los cánones prohíbe a los jóvenes expresar lo que consideran beneficioso para la Iglesia, siempre que los asuntos ventilados deban ser concluidos por la cláusula del juicio pontifical. Si alguna vez, pues, esto o algo similar se les sugiere con humildad, de ninguna manera se admite pacientemente: sino que todo lo que decimos en el sínodo se llama juicio con un término altivo, para nuestra envidia.

He tocado brevemente esto para que cualquiera inexperto aprenda en mí, y también para que sepa cuán diligentemente conviene apartarse de tales cosas. Pues en uno que avanza se recoge si se puede confiar con seguridad en las aguas desconocidas por el ejército que sigue. Inmediatamente los comerciantes de mercancías venales se reprimen del ímpetu de su propio curso, cuando ven que al menos uno de los suyos regresa vacío de las ferias sin haber vendido sus mercancías. A quien frecuentemente la cosecha, engañándolo con una negación, lo ha frustrado en sus cuidados rurales, a muchos los ha disuadido de la cultura de un campo estéril. Cuando el explorador de las olas, frustrado en su trabajo, lleva de regreso las redes vacías, fácilmente ya llama a los desnudos de explorar los confines de un agua pobre. Así, ciertamente, me basta haber intentado tales cosas, no solo para mí, sino también para todos mis hermanos, para que, al considerar que el trabajo de uno ha sido inútil, no a uno, sino a muchos se les ofrezca cautela del gasto de un trabajo superfluo.

CAPÍTULO XXXII. Que el monje se abstenga del mundo, y siempre ponga ante sus ojos el juicio de Dios.

Cualquiera que sea el monje que se apresura a alcanzar la cumbre de la perfección, que se contenga dentro de los claustros de su retiro, que ame el ocio espiritual; que aborrezca recorrer el mundo, como si se sumergiera en un lago de sangre. Pues el mundo se contamina cada día más y más con la contaminación de los crímenes, de modo que cualquier mente santa se contamina solo con su consideración. Y mientras a los antiguos siempre se les añaden cosas nuevas, ¿qué otra cosa se hace sino que se allana sin duda el camino del Anticristo, para que viniendo al mundo más allá del fin del siglo, entre libremente sin obstáculo? Y como su camino no es otra cosa que nuestros escándalos sin duda, la misma causa debe refrenar nuestros pasos, que le promete a él poder avanzar con pasos libres.

Por lo tanto, que cada hermano se reprima ahora en el estrecho calabozo de su retiro, para que se le prepare una casa de infinita magnitud en el cielo. Jeremías dice: «Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios, y cuán inmenso el lugar de su posesión: grande, y no tiene fin, alto e inmenso!» (Baruc III.) Ahora que se ate con el vínculo del temor divino, para que después obtenga el derecho de la verdadera libertad. Reposando en Cristo, considere que no tiene nada en común con el mundo; para que lo que el apóstol Juan ordena, no solo lo conserve en el corazón, sino también en el cuerpo mismo: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él (II Juan II).» Que quede claro que el siervo de Cristo no ama al mundo con ninguna afección del corazón, y para probar esto, que también lo evite con sus pasos corporales. Que la misma abstinencia corporal compruebe el odio de la mente piadosa, para que cuanto más alienado esté de la nociva familiaridad del mundo, más estrechamente se una a Dios con familiaridad. Ahora, lloroso y triste, mantenga los ojos fijos en la tierra, que entonces, alegre, los levante para ver a aquel que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad (Mat. 26), como está escrito: «Mirad y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca (Luc. XXI).»

¡Oh, cuán breves palabras para pronunciar, cuán infinita la sentencia para meditar profundamente! a saber, cuando los réprobos, llorando con entrañas temblorosas, dirán: «Oh montes, caed sobre nosotros, y colinas, cubridnos de la faz del que está sentado en el trono (Luc. XXIII).» Cuando, en efecto, «el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo (Mat. XXIV)» Entonces, ciertamente, cuando todo ojo lo verá, y los que lo traspasaron, y todas las tribus de la tierra se lamentarán sobre sí mismas. Pero, ¿qué mente humana puede concebir, qué lengua puede explicar cuán grande será entonces el gozo de los elegidos, cuán inenarrable la alegría de los bienaventurados, cuando el mundo en peligro, ellos dejan de estar sujetos a peligros, y al Esposo inmortal que viene, con lámparas encendidas, corren jubilosos a su encuentro! (Mat. XXV.) Cuando los miembros del mundo caen para soportar los tormentos de la combustión tartárea, ellos se levantan felices para recibir las recompensas de la gloria inaccesible! Cuando la vida de aquellos es interrumpida repentinamente por la muerte inmortal, la mortalidad de estos, absorbida por la virtud de la resurrección, es consumida por la gloriosa incorruptibilidad! Que este espectáculo singular, admirable en todos los siglos, se proponga incesantemente a sí misma la mente santa. Que esta tremenda imagen del juicio venidero se pinte ante sus ojos con meditación continua. Que el hombre elegido ya se considere llevado al tribunal del Juez, ya se piense puesto en el examen para rendir cuentas, urgido formidablemente por las preguntas divinas. Que se haga extraño al mundo, para que se adhiera a Dios con la largueza de una gracia más propensa. Que de este modo viva muerto, se sustraiga de las vexaciones terrenales, y como si ya estuviera puesto en el sepulcro, repose suavemente en el solo deseo de su Creador. Y así, su vida escondida en Dios, para que cuando Cristo aparezca, también él merezca aparecer con Él en gloria (Col. III). Amén.

CAPÍTULO XXXIII. Aquí el escritor se dirige a los venerables monjes Pedro y Albión.

Ahora, pues, hermanos amadísimos, uno, a saber, el modelo perfecto de los cenobitas, el otro, ejemplo digno de imitar de la vida eremítica, a vosotros revoco el artículo de este estilo, para que a quienes se dirige el principio del comienzo, en ellos también se termine consecuentemente la clausura de la obra realizada. Veis, pues, cuán rápidamente pasa esta breve vida, veis que este mundo clama ya con indicios más evidentes su cercano fin. Pues la tierra, agotada de sus humores generativos, de alguna manera soporta el arado a regañadientes, mientras niega dar frutos a sus cultivadores; y como un vientre anciano, mientras la sangre en el cuerpo, la matriz marchitándose, se enfría, aunque no falte el deseo de procrear, sin embargo, no se levanta para engendrar descendencia. El agua también, no obstante, sufre esterilidad, de modo que ya el pescador niega el gasto de las redes, mientras la captura pobre no responde con ganancias a los duros trabajos por el elemento líquido. Ni te pase por alto, aire, antaño fecundo, que ahora, mientras no prosperas en la captura de aves con diversos argumentos de trampas, ciertamente devuelves a los cazadores frustrados por el trabajo vano al ejercicio rural; y a quienes antes hacías atentos a las alturas para capturar tus dones, ya los devuelves a la tierra nodriza, recordándoles a quién deben atribuir el sustento de la vida; y quienes entonces, generoso, hacías que cualquier alimento más grosero cediera a tus delicias, ahora, retirando la mano, haces que las humildes verduras, como si fueran manjares refinados, llenen las mesas de los ricos.

El mundo, pues, como se ha dicho, como cansado ya de larga vejez, indica probablemente por todos sus miembros que no prolonga más los límites de su curso. A esto se añade que los hombres ahora envejecen en la juventud, y mientras aún florece la juvenil belleza, esparcen canas intempestivas en la cabeza. Ciertamente, aquellos a quienes su propia edad dicta que aún deben verdecer en la flor de la belleza inmadura, el mundo viejo, con un cierto imperio de autoridad violenta, los precipita a aparecer decrepitos con él. Por lo cual, así como los

frutos de un árbol cavernoso, tan pronto como son producidos, caen antes de madurar: así, ciertamente, los hombres mueren, por así decirlo, con una salida amarga, antes de llegar a la plenitud de la edad.

Por lo tanto, cuando el mundo amenaza con su ocaso inminente y ya inminente ante nuestros ojos, y los hombres son arrebatados diariamente por una muerte inmadura, ¿qué queda sino que en este breve punto en el que vivimos, despreciemos las cosas que están por caer como si ya hubieran caído, y nos apresuremos con pleno deseo ferviente hacia las que permanecen? He aquí que no se proponen premios leves a los que corren, y la carrera de nuestro viaje se acorta cada día. Que ningún obstáculo de la vida presente impida el camino de nuestro curso, que ninguna demora de las seducciones carnales nos ate con torpeza. Que cada uno ya dirija los ojos de la fe perspicaz hacia las prometidas recompensas, y con la pluma de la esperanza robusta, trascienda los obstáculos que se oponen de la depravación terrena. He aquí que quien llamó desde lejos, ya extiende la mano a los que se acercan; y como a hijos tiernos, con rodillas vacilantes, los afirma, y dulcemente y con suavidad los invita al seno de su caridad.

Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gloria (Hebr. IV), tomemos las insignias de tan gran piedad; y que lo que fue temeridad al buscar lo no prometido, sea ahora pudor al no querer aceptar lo ofrecido. Despreciemos ya el lodo de este mundo sucio, que hemos aprendido, inspirados por Dios, a pisotear con el pie libre de la mente. Por lo tanto, que incluso el paso corporal sea reprimido por aquello que el alma no ama: consideremos indigno de nuestra visita frecuente a quien se deleita en triunfar con nuestra ruina. Que la ausencia corporal también testifique las enemistades de la mente, y que no merezca con frecuencia nuestras idas y venidas aquel que acostumbra a mancillar nuestras miradas; y que caiga solo en las trampas de sus insidias, quien prepara continuamente lazos de engaño para nuestros pasos. Así, que llore las vigiliadas frustradas de sus fraudes, mientras nosotros, descansando en paz, el astuto insidiador explora el acceso de nuestra partida nocturna.

Baste, sin embargo, para nuestro recorrido el campo del divino elocuente. A través de este campo caminemos continuamente, en él paseemos con deleite. Allí es posible correr con pasos libres por la llana extensión de las historias sagradas. También podemos, a través de la profundidad de la inteligencia mística, escalar de alguna manera la altura de las montañas abruptas allí. Allí disfrutaremos de la dulce conversación de amigos fieles, allí el diverso aparato y el continuo banquete de las celestiales comidas. Anhelando estos manjares, el alma fiel, alimentada con el alimento de la lectura continua, reciba fortaleza, y engorde con la grasa de la oración purísima. Que el hambre del siglo deje el banquete del mundo a los que lo desprecian. Nosotros, sin embargo, hemos aprendido a desear esos manjares, que acostumbran a dar saciedad con alegría a los hambrientos, y sin embargo no saben generar hastío en los saciados. Estos manjares, ciertamente, llenan suavemente el estómago de nuestra mente, y sin embargo no deben nada a los retiros de las cloacas. Pues no dejan absolutamente nada de sí para la evacuación, sino que se difunden completamente a través de los poros de todas las venas y las entrañas internas para proporcionar fuerzas.

Por lo tanto, que la mente, atenta a estos manjares de la mesa celestial, se dedique insaciablemente, que el ojo vigile diligentemente; que la lengua recorra las palabras del estilo articulado; que el corazón entienda lo que se lee, y medite los secretos del misterio oculto. Que estos alimentos los sagrados animales rumien continuamente a través del estudio de la reflexión continua, que ciertamente, desde el vientre del conocimiento, redunden al cuello de la memoria mediante la meditación repetida. Que estos manjares, digo, la mente siempre hambrienta los desee, y nunca se retire satisfecha de ellos; sino que cuanto más se llena, más

se encienda nuevamente con avidez hacia su apetito: y así ocupemos todos nuestros sentidos en estos manjares vitales, para que, hechos insensibles a todos los negocios de las causas seculares, verdaderamente muertos al mundo, vivamos solo para Dios; para que el mismo autor e instructor de este felicísimo banquete, se digne inscribirnos entre sus comensales, quienes merecerán escuchar de la boca de la Verdad: «Yo dispongo para vosotros, como mi Padre dispuso para mí, un reino, para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino (Luc. XXII).»

Dios Todopoderoso, que es caridad (I Juan IV), hermanos amadísimos, inspire clementemente a vuestro santo corazón, para que os dignéis siempre orar por mí, pecador.

#### ESCOLIOS.

Debe concluirse, por tanto, que así como se debe evitar a aquellos que los concilios modernos de las sinodales repelen de la sociedad eclesiástica; así también se debe declinar de aquellos que los antiguos Padres decretan que deben ser eliminados. En este lugar, el bienaventurado Damián parece hablar según la costumbre de la Iglesia, que se observaba en su tiempo. Antes del concilio de Constanza, se prohibía en general a los fieles participar con los excomulgados, cap. Cautum est 11, qu. 3. y cap. Cum desideres. Y en otros lugares a menudo. Pero en el concilio de Constanza, por la Constitución de Martín V, que comienza: Para evitar muchos escándalos, que también León X confirmó en el concilio de Letrán, sess. 11, y que Martín Navarro refiere en Summa, cap. 27, num. 36, de la cual aún recuerda Diego, Covarr. en cap. Alma mater, I par. Relect. paragr. 2, se decretó, «Permitir a los fieles comunicarse con los excomulgados, excepto dos, a saber, aquellos que hayan sido denunciados por su nombre, o notorios golpeadores de clérigos.» Según este decreto, interpretaremos el celo y la sentencia de nuestro doctor.

Bendito sea el nombre del Señor.